

CIÓ

VICENTE

MEDINA

EL BUNTO

PQ6623

.E4

R4



1020027852

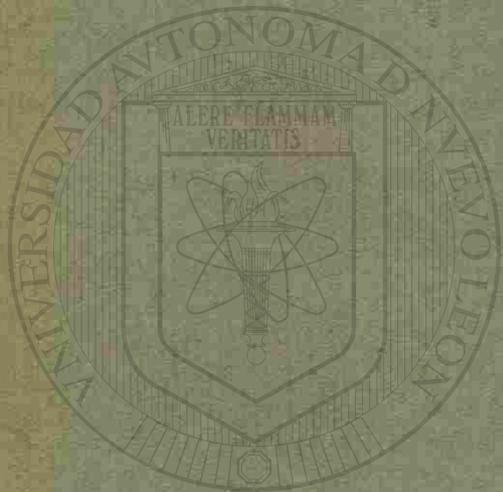


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





El Rento

U A N L N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor M 4977
Núm. Adg. 32861
Procedencia - 8 - (R)
Precio _____
Fecha _____
Cant. 1
Cotejo leg

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Aires murcianos.— 1.ª serie.

Aires murcianos.— Biblioteca Mignon, 1.ª edición.

Aires murcianos.— Biblioteca Mignon, 2.ª edición.

El rento.— Drama en tres actos.— Edición de 100 ejemplares, agotada.

¡Lorenzo!...— Drama en un acto.— Edición de 300 ejemplares, agotada.

La sombra del hijo.— Drama en tres actos.

Alma del pueblo.— Cantares.— Estrofas.— Sectarías.

El alma del molino.— Drama en un acto.

La canción de la vida.— Poesías.

La canción de la muerte.

La canción de la huerta.— Nuevos aires murcianos. Edición de lujo con ilustraciones fotográficas del autor, por el mismo autor.

PARA LA ADQUISICIÓN DE EJEMPLARES:

A las principales librerías.

Al autor: Muralla del Mar-53-1.ª—
Cartagena.

Vicente Medina

El Rento

novela de costumbres murcianas



85867

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

AÑO 1905 MONTERREY, MEXICO

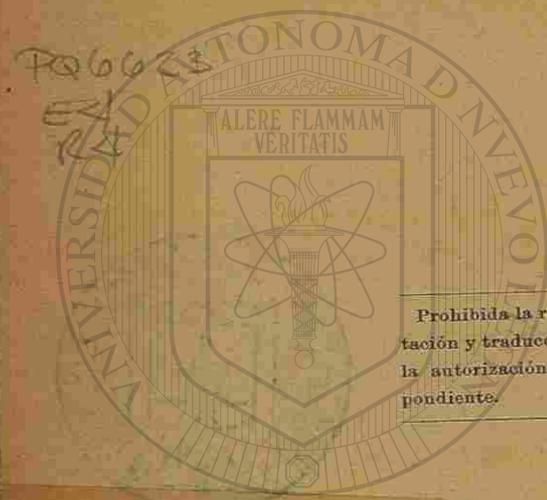
CARTAGENA

Tipografía La Tierra, Duque, 35

1907

32861

862
M.



Prohibida la representación y traducción, sin la autorización correspondiente.

Lector: El Rento es un drama representable, teatral, que te ofrezco en forma de novela dialogada, desesperado de no poderlo estrenar y con el ansia de que, siquiera así, lo conozcas y lo juzgues.

¿Que por qué no se ha estrenado El Rento? No sé: he puesto todos los medios y no lo he podido conseguir.

¿Es la obra mala? ¿Es buena? Por ser yo su autor, no puedo decirlo.

José Martínez Ruiz (hoy Azorín) decía en El Progreso de 22 de Febrero de 1898, lo que transcribo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



• AVISOS DE ESTE

Y *Este* piensa de su drama, señor Medina, sencillamente lo que sigue: *El Rento* es una obra hermosa, un cuadro exacto, sentido, conmovedor, de costumbres campesinas. No lo he leído yo solo, Sr. D. Vicente Medina, lo han leído otras inteligentes personas, periodistas, poetas, y todos han convenido en ello. Usted ha hecho un drama pasional, una pintura fiel de un medio, y usted, *sin embargo*, es un provinciano desconocido, un Juan Vulgar de nuestras letras.

Eso es irritante; quien ha escrito *El Rento* tiene más derecho, que muchos eminentes, ilustres, insignes dramaturgos que aquí coreamos, á figurar en primera línea entre los autores de teatro.

Lo mismo sucede con Ignacio Iglesias, autor de *Fructidor*, de *Els pri-*

mers frèds, de *L'Argolla*. Porque parece ser que para sentar plaza de literato, para *acreditar la firma*, y tener amigos, y cosechar aplausos en el teatro y elogios en los periódicos, es preciso vivir en Madrid, gritar en la prensa, exhibirse continuamente en todas partes.

Usted no es de esos, no lo es tampoco Iglesias, y por eso no figuran ustedes en la colaboración de los semanarios insulsos, ni se citan sus nombres al citar las eminencias.

Lo cual no obsta para que *El Rento* sea un drama como aquí se han escrito pocos; el drama del labriego, de la ruda gente del campo, embrutecida por el trabajo feroz de todo el día, explotada por el *amo*.

Ese es el señor feudal de ahora; el amo; ese es el señor feudal con quien hay que acabar.

Yo he sido campesino también; yo he vivido en el campo y he visto la miseria horrible de esa gente; la he visto extenuada de fatiga, pálida, cubierta de harapos, pidiendo un pedazo

de pan, de puerta en puerta; la he visto emigrar á tierras apartadas, abandonando el pedazo de suelo en que naciera. ¿Cómo vivir así? ¿Cómo vivir con el exiguo jornal que de sol á sol ganan esos obreros desdichados de los campos? Reclaman ellos al amo, tienden los puños crispados hacia el que les paga miserablemente su trabajo...

Pero, ¿qué recurso tiene éste en sus manos para acabar con el conflicto? ¿Qué puede hacer por ellos?

En una obra reciente de Mirbeau, en *Los malos pastores*, el hijo del patrono odiado, del patrono á quien los huelguistas reclaman aumento de salario; ese hijo que es obrero por gusto él mismo, y que con los obreros hace causa, predica al padre sobre la justicia que á los explotados asiste. Y el padre, el patrono explotador, reconociendo la equidad de sus pretensiones, viendo cuán justo es lo que piden, se niega, sin embargo, á complacerles.

—No puedo hacer nada—dice;—si yo aumentara el jornal; si rebajara las

horas de trabajo, me arruinaría en cuatro días, tendría que cerrar la fábrica, quedaría mi familia en la miseria.

Y es verdad, está el mal más hondo; es más profundo el origen de la iniquidad social. No está la injusticia en que las horas de trabajo sean muchas y la retribución escasa; lo está, sí, en que haya hombres que trabajen por otros hombres, en que haya explotadores y explotados.

Mientras los haya, mientras esa desigualdad subsista, existirán también los dramas pasionales, las desgarradoras escenas pintadas en *Juan José*, en *Los malos pastores*, en *Los primeros fríos*, en *El Rentó*, ese delicioso cuadro de costumbres, honda tragedia de gente recia, que mi querido compañero Vicente Medina ha tenido la bondad de mandarme. »

Algo después, casi al año, Clarín me escribía la siguiente carta:

«Oviedo 29 de Diciembre 1898.

Sr. D. Vicente Medina.

Muy señor mío y estimado compañero: el día mismo que recibí su carta, había yo escrito á Martínez Ruiz y á Díaz de Mendoza, diciéndoles que enviaba á este último *El Rentó*, certificado.

A la Guerrero y á su marido les recomiendo el drama de usted en carta de cuatro carillas. Le diré á usted lo que me dijo á mí Echegaray cuando le mandé *Teresa*:

«A mí me gusta mucho; del público no respondo.»

Ojalá *El Rentó*, si se representa, tenga mejor suerte que *Teresa* en Madrid.

El final del primer acto es muy hermoso; el carácter de José, de lo mejor que se ha hecho aquí hace tiempo. Sobran, acaso, algunos pormenores locales, y el lenguaje provinciano fatiga algo á oídos *profanos*. Hay concisión, sobriedad y fuerza, y sea lo que quiera del drama, usted es autor dramático, de fijo.

Que era poeta de corazón, ya lo sabía por los *Aires Murcianos*, que me gustaron mucho, como lo dije, en efecto, aunque ya no recuerdo dónde. Pero no le importe, pues de usted he de tener yo que hablar muchas veces.

En lo poquísimo que yo pueda, (cada vez puedo menos, con esta *gente nueva*) disponga de mí. Que nos escribamos. Su admirador y desde luego amigo q. I. b. l. m.

LEOPOLDO ALAS.»

Teniendo en cuenta las observaciones del maestro Clarín, descarté la obra de pormenores locales y corregí su lenguaje en el sentido de conservar todo su sabor y carácter, dándole á la vez la facilidad de pronunciación de un castellano sencillo.

También la señora Pardo Bazán, el señor Unamuno y otros, han elogiado El Rentó.

Sin embargo de todo, no he conseguido estrenar esta obra ¿Por qué?

Alguien me asegura que es una obra de estudio, de cuidado... que no tiene la defensa de los falsos recursos teatrales...

¿Será eso? ¿Quizás no se han atrevido con ella la Guerrero y Mendoza?

«El papel de José —me ha dicho algún actor, con miedo y considerándolo muy difícil— es un papel de caras...»

«¡El papel de José!... ¡el papel de Santal!... —me decía en otra ocasión un señor muy aficionado á cosas de teatro — son papeles para grandes artistas, para artistas á la moderna: á lo Duse!... á lo Zaconi!

VICENTE MEDINA.

Parte primera

JOSÉ.

En la casa del tío Antón.

I

La tía Josefa, Antonia, Dolores y el tío Antón.

Como en casi todas las casas de la vega de Murcia, en ésta, de huertanos humildes, es el interior fresco, alegre y simpático. Tiene dos cuerpos, divididos por una pared maestra con arco al centro; colgado sobre el arco, resplandece el cobre: cazo, perol, almirez, velón, chocolatera...

En el primer cuerpo, según entramos, y á la derecha, da una nota limpia el típico tinajero con sus grandes tinajas encarnadas y relucientes, empotradas en el suelo y rodeadas de un poyete de manises blancos y azules, sobre los que se destacan los anchos lebrillos verdes, reservados á la matanza. Las tinajas tie-

Sin embargo de todo, no he conseguido estrenar esta obra ¿Por qué?

Alguien me asegura que es una obra de estudio, de cuidado... que no tiene la defensa de los falsos recursos teatrales...

¿Será eso? ¿Quizás no se han atrevido con ella la Guerrero y Mendoza?

«El papel de José —me ha dicho algún actor, con miedo y considerándolo muy difícil— es un papel de caras...»

«¡El papel de José!... ¡el papel de Santal!... —me decía en otra ocasión un señor muy aficionado á cosas de teatro — son papeles para grandes artistas, para artistas á la moderna: á lo Duse!... á lo Zaconi!

VICENTE MEDINA.

Parte primera

JOSÉ.

En la casa del tío Antón.

I

La tía Josefa, Antonia, Dolores y el tío Antón.

Como en casi todas las casas de la vega de Murcia, en ésta, de huertanos humildes, es el interior fresco, alegre y simpático. Tiene dos cuerpos, divididos por una pared maestra con arco al centro; colgado sobre el arco, resplandece el cobre: cazo, perol, almirez, velón, chocolatera...

En el primer cuerpo, según entramos, y á la derecha, da una nota limpia el típico tinajero con sus grandes tinajas encarnadas y relucientes, empotradas en el suelo y rodeadas de un poyete de manises blancos y azules, sobre los que se destacan los anchos lebrillos verdes, reservados á la matanza. Las tinajas tie-

nen puesto su blanquísimo cubre tapador; del jarrero pende la cetra, bruñida con arena bruja, limón y ceniza; y por encima del jarrero, corren dos lejas llenas de vidriado y cristal. Junto al tinajero está el cantarero de madera con sus hermosos cuatro cántaros; y arrimado á éste, descansa boca abajo, en el suelo, el ya lañado y viejo cocio de las coladas.

En el segundo cuerpo, todo á un extremo, á la derecha también, está el hogar con su hogaril negro y su gran chimenea, recargada de ollas y cazuelas de barro basto; cerca del hogar, el poyo y la puertecita del cuarto, baja y estrecha.

Al otro extremo, á la izquierda, se encuentra la espaciosa puerta del corral, partida, con montante ó postigo alto, abierto, por el que entra la luz; la puerta de la despensa, y la de la cámara con su gatera y sus cuatro escalones de obra de yeso. Al lado de la despensa, la arca sobre su pié, con sus años de cerneras, cedazo, maseras, rasera y escobica.

Amén de todo esto, hay en medio de la casa, unas devanaderas de caña, con una madeja de lana obscura y un ovillo á medio hacer, colocado encima; próximo al poyo, un velador ó candelero grande de madera para colgar los candiles; uno de éstos cuelga de él; otro, de la leja de la chimenea.

Hay también, repartidas, hasta ocho ó diez sillas de morera con asiento de sogá, dos de ellas bajitas; y por el lado de la puerta del corral y al pié de la escalera, algunos aperos de labranza: legón, arado, azadón, tablacho, horquillas, palas, media hanega, sarrias, capazos...

Y rematando el conjunto pintoresco, alguna rastra de cebollas ó de panochas pajizas, que suspendidas de los revoltosnes asoman á la subida de la cámara; el rojo vivo de los pimientos, colgados en el quicio blanco de la puerta del corral, y el perenne primaveral paisaje de la huerta fértil, viéndose por la puerta de entrada, abierta de par en par al fondo, con una soberbia puesta, de sol de rojas incendiadas nubes...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FELIPE REYES"
1960 MONTERREY, MEXICO

En esta casa y á la caída de la tarde, la tía Josefa, mujer de unos sesenta años, tostada por el sol y ya con todo el pelo blanco, escoge unas alubias, sentada ante una mesita, frente á la puerta del corral.

Con la tía Josefa están Antonia y Dolores, las cuales no manifiestan más allá de los veinte años. Antonia gasta refajo á ruedas, azul, blanco y rosa, y armilla de zaraza; calza alpargates de cara estrecha y lleva al cuello pañuelo pío arrodado, y á la cabeza, pañuelo de seda blanco con cenefa azul, puesto á lo curra. Dolores usa falda y armilla de zaraza de color claro, delantal obscuro, pañuelo anaranjado, al cuello, y alpargates.

El vestir de las dos mozas, de colores vivos y claros, contrasta con la nota obscura del traje de la tía Josefa: refajo negro y café, armilla negra, pañuelo del cuello, azul y negro, delantal verdinegro, medias negras pardas y alpargates de cara estrecha.

Ni Antonia, ni Dolores, usan medias:

un pié limpio, lavado como las chinas del río, muestra incitante por debajo del rabicorto vestido, su carne voluptuosa...

Antonia, en actitud de coger una silla, parece que acaba de llegar; Dolores, con una crecentera, y puesta en jarras con una mano en la cintura, está como dispuesta á marcharse...

ANTONIA

—Pos en tóicas partes se oye lo mes-bio.

LA TÍA JOSEFA

(Pensativa.)—Petera de la gente de alantarse y de aumentar las cosas.

DOLORES

—¡Vaya usté á ponerle puertas al campo!...

(El tío Antón, que llega en esto, se deliene en la puerta de entrada mirando el horizonte: aparenta unos sesenta años, parece inteligente, hombre de rigor; viste traje obscuro de chaqueta, faja negra, sombrero ancho huertano, al-

pargatas de cara estrecha y monta de muñera.)

ANTONIA

—Y tiempo me ha faltao pa venir en cuanto que lo he sabío. Sí, señora; á darle mi enhorabuena á Santa, porque me alegro de tó corazón. Se merece eso y más; no digo un Mayorajo... ¡un príncipe que fuera!

EL TÍO ANTÓN

(Preocupado, entrando lentamente en la casa. Viene haciendo lia: la mante al hombro, el manajo de esparto debajo del brazo izquierdo, la lia colgada también en el mismo brazo.)—La mesma puesta de sol que ayer; mañana aire lo mesmo que hoy, y la tierra secándose más cá día...

ANTONIA

(Alegremente.)—¡Hola, tío Antón!

EL TÍO ANTÓN

—¡Hola, Antoñica!

LA TÍA JOSEFA

(Al tío Antón.)—¿Qué decías al entrar?

EL TÍO ANTÓN

—Que no llueve... ni va á llover nunca, por las señales que se presentan... ¡y si hasta la tierra se endurece!...

LA TÍA JOSEFA

(Resignada, levantándose, echando las alubias en una cazuela que hay sobre la mesa y retirando ésta á un lado del hogar.)—Hay que tener fé en Dios: verás cómo se apiada de los pobres y llueve á tiempo pa sembrar en el campo.

DOLORES

(A la tía Josefa, ingenua y candorosamente.)—Dice usted bien: tós los años pasa lo mesmico y, en su día, verdean los simenteros.

ANTONIA

—Vaya que sí!

LA TÍA JOSEFA

(Al tío Antón, que queda ensimismado.)—Anda, no caviles más: vamos á por las panochas, antes que se haga más oscuro, que están en los zarzos tavía.

ANTONIA

(Servicialmente.)—Yo iré, tía Josefa; deje usted al tío Antón, que vendrá carsao.

EL TÍO ANTÓN

—No le vale esa razón á un pobre pa no trabajar... pero, bueno, Dios te lo pague.

(La tía Josefa toma un capazo, de dos vacíos que hay al pié de la escalera, y sale de la casa seguida de Antonia.)

II

Dolores y el tío Antón.

EL TÍO ANTÓN

(Dejando la manta sobre el respaldo de una silla, sentándose y continuando haciendo lia.)—¿No te sientas, Dolores?

DOLORES

—Ahora no, señor; pero, en cuantico que lleve esta creciente á mi casa, (mostrando la crecintera) vendré á pasar un ratico de la velá, como de costumbre.

EL TÍO ANTÓN

—Lo que tú quieras, mujer.

DOLORES

—Mi padre me está siempre con la mesma cantamusa: que páesco gallina sin nial, que no echará el camino yer-

ba, que fuera de mi casa náica se me ha perdido... ¡pero yo, erre que erre! Ya ve usté, en mi casa es morirse, de estar tan sola. Mi abuelica se sienta en la cocina, y á dormir; mi padre se lía en la manta, y lo mismo; mi hermano, llega del trabajo, cena á escape, y á rondar hasta las tantas de la noche. ¡Claro!... yo, sin náide con quien hablar, me canso de tó, me entra sueño, se me comienza á abrir la boca y, al fin y al remate, no me quea otro camino que irme á la cama.

EL TÍO ANTÓN

—Tú ven cuando quieras.

DOLORES

—Sí no salgo de aquí, tío Antón!

EL TÍO ANTÓN

—Tu padre es muy gruñón y muy casosola. Ahora, en cenando, tengo que ir á pedirle pa mañana la tanda del riego... me hace falta y él me páece que no la necesita.

DOLORES

—Vaya usté. Puede que no.

EL TÍO ANTÓN

—Casi seguro; el agua pasa por vuestros bancales de panizo, y ya hace bastantes días que está pa cogerlo... ¡no sé en qué pensais!

DOLORES

—Como es poco y malo... Mi padre está encangrenao con él y no quiere ni que se lo mienten, siquiera.

EL TÍO ANTÓN

—La verdá es que daba gusto verlo de verde y espumao... y después, se ha puesto de pajizo y robinejo, que dá compasión.

DOLORES

—La culpa de ello ha sido la de casi toas las cosas: la falta de dinero. *(El tío Antón mueve apesadumbrado la cabeza.)* Tenía mi padre, justicamento, los cuar-

tos pa'l rento; pero pensaba retrasarse un poco en el pago y comprar unas cuantas cargas de estiércol pa echárselo á los bancales. Lo que él decía: «Así espumará el panizo y, cuando coja la cosecha, que será buena, pagaré el rento sin apuro alguno.» Pero como á tó el que es pobre le salen las cuentas mal, vino el Mayorajo... y la de tós los amos de las tierras: que no podía esperar, que le hacían falta los cuartos, que tós los arrendaores querían lo mismo... y que no podía ser: ¡que dentro ó fuera! Y no hubo más. Dimos hasta el último chavo, y el panizo se queó sin estiércol, y así se puso de robinejo y pajizo, y así va á ser la cosecha.

EL TÍO ANTÓN

—No podía ser otra cosa: al Mayorajo le hacían falta los cuartos pa seguir su vida descansá... pa derrocharlos en francachelas y lujos, entanimientras que la tierra, esmedrá por el rento, le niega el pan al pobre que la ha regao con el sudor de su frente! Renegaré de estas

cosas toa mi vida... toa mi vida! (*Se levanta excitado.*)

DOLORES

(*Con humilde conformidad.*)— Pero si el mundo ya está así ¿qué vamos hacer, tío Antón?

EL TÍO ANTÓN

—Yo, na, porque ya soy viejo y pronto me llevará la que no distingue de clases ni de categorías... (*Despechado, de su impotencia.*) ¡He nacido demasiao pronto pa mi manera de pensar! Pero otros vienen á la zaga, que se encargarán de apañarlo.

DOLORES

—Esto no tiene apaño; el pobre aguantaré siempre tó lo que sea menester, y toa la vida será verdá aquello de que «el burro que más trabaja, más rota lleva la albarda.»

EL TÍO ANTÓN

—No te lo pienses: tó lo harán los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. TIES"
Avdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

hombres, con el tiempo. Cuando yo era zagal, las lomas de la Arboleja estaban erizadas de peñascos, y allí no agarraba ni un grano de trigo, ni la estaca de una higuera. ¿Y qué? Pues la picola y el arao rajaron las peñas y removieron el suelo, y las ceñas y ñoras subieron el agua hasta ande náide se pensaba. Hasta ande náide se pensaba, sí! Y aquellos sitios, que metían miedo de solos y desamparaos, hoy están cuajaos de naranjos y limoneros; gloria se respira allí en el aire, siempre cargao del olor de los azadares, y mia tú: aunque páece cosa de milagro ¡es na más que obra de los hombres, aquella maravilla de la huerta!

DOLORES

—Eso sí que es verdá!

EL TÍO ANTÓN

—Pues lo mesmo ha de pasar con tói el tiempo y los hombres pondrán cá cosa en su lugar. ¡Ah, si no fuera por esa esperanza!...

DOLORES

—Hay que tener pacencia, tío Antón.

EL TÍO ANTÓN

—Pacencia!... Tengo mis razones pa renegar á ratos, Doloricás... mis razones, que son las mesmas que le hacen renegar y maldecir á tu padre, ca ves que le mientan el panizo.

(Pausa. Vuelven la tía Josefa y Antonia, trayendo entre las dos el capazo medio lleno de panochas; lo dejan al pié de la escalera.)

DOLORES

—¿Te queas, Antonia? *(Marchándose.)*

ANTONIA

—Me aguardaré un poquico, á ver si viene Santa. ®

DOLORES

—Entonces, hasta ahora mesmo.

LA TÍA JOSEFA

(Contestando á Dolores, que ya se marcha.)—Anda con Dios.

EL TÍO ANTÓN

(A Antonia, aproximándose al capazo de panchos y examinándolas.)—¿Hay másavía?

ANTONIA

—Por mucho, mucho, como medio capazo.

EL TÍO ANTÓN

(Dejando la tía y el esparto sobre la escalera.)—Yo iré á traer lo que sea, que algo me ha de tocar. (Coge el otro capazo vacío y sale por el fondo.)

III

La tía Josefa y Antonia.

(Se sientan en sillitas bajas, una frente á otra.)

ANTONIA

—Pues sí, señora; así corre: que su propia hija de usted, la misma Santa en persona, se casará muy pronto con el Mayorajo. De tal manera lo aseguran, que dicen que con breve y tó se está arreglando la boda.

LA TÍA JOSEFA

—No, hija mía; no tanto, ni mucho menos! El Mayorajo es el amo de esta hacienda y nosotros unos humildes arrendadores; pero, por lo mismo, se ha de menester que tó venga por sus pasos contaos. Por la cabal razón de ser nosotros unos pobres y él un rico, no he-

mos de consentir que náide piense que el Mayorajo va á burlarse de mi Santa, ni, tampoco, que vamos á hacer con mi hija, así como una venta.

ANTONIA

—Tía Josefa, si por las palabras de él se ha de tomar guía, no hay motivo pa pensar na malo, y sí mucho y bueno.

LA TIA JOSEFA

(Como dudando.)—¿Mucho y bueno?

ANTONIA

—Vaya! Ahora mesmico, sin ir más lejos, lo he visto, en cal tío Ramón el Animero, hablando de lo que habla ande quiera que está: de que se casa con Santa. Dice que no la trocaría por una reina. Por cierto que, cuando más entusiasmao se hallaba, la envidiosa de María Jesús ha saltao: «Andrés, á ver si te tenemos luégo que decir: tu gozo en un pozo. Ten por entendió que, desde hace mucho tiempo, Santa no está ni más ni menos que por José, y José, ni

más ni menos que por Santa.» Claro! á eso, se ha puesto el Mayorajo un poquico amoscao y le ha respondió á María Jesús: «Pues á mí que no me vengan con esas... Yo voy ahora mesmo cal tío Antón, y digo las cosas claras, pa quear dentro ó fuera... Y si me hicieran ese desprecio... puede que á alguno le pesara!»

LA TIA JOSEFA

(Con tristeza y ánimo decaído.)—Con esto de que es el amo de las tierras, y que le debemos ya cerca de dos años de rento, de no hacer su gusto, puede que se vengara, dejándonos en la calle y en cueros vivos.

ANTONIA

(Dando importancia á la cosa.)—Ni que pensarse tiene; si se le hiciera un desprecio... En siendo por una ojeriza, el Mayorajo es capás de tó... y en siendo decirle «por aquí no pasas»... ni que su padre, que viviera, se le pusiera delante... pasaría por encima!

LA TIA JOSEFA

—Ya lo sé.

ANTONIA

—Sí, señora. Y verá usted como viene; en diciendo él una cosa...

LA TIA JOSEFA

—Puede venir cuando le dé la gana, que en mi casa, gracias á Dios, no hay ná que tapar.

ANTONIA

—Eso, demasiao lo sabrá él, como tó el partío; mil veces habrá sentío decir que á Santa le pega el nombre. Y... lo que yo le he dicho: no tiene ná de particular que Santa y José se quieran; pero como hermanos, por el roce de haberse eriao juntos... y en tó caso, lo más, lo más, pueden haber sío sus relaciones, cuatro tonterías de zagales, como las que tós hemos tenío.

LA TIA JOSEFA

—Na más, hija... aunque también pueden llevar por dentro su sentir.

ANTONIA

—A mí me páece que no; José lo hubiera manifestao claramente, siendo, como es, tan franco y tan bueno.

LA TIA JOSEFA

—Bueno y trabajaor hasta dejárselo de sobra. Si no fuera por él ¿ande estaríamos ya? El lleva tó el navego de las tierras y no tiene minuto de descanso. ¡Daría la vida por nosotros!

ANTONIA

(Levantándose.) —No lo sabe usted muy bien; hay que sentirlo hablar. *(Lleva la silla al sitio donde la cogió.)*

LA TIA JOSEFA

(Haciendo lo propio.) —¿Es que te marchas?

ANTONIA

—Sí, señora; se me va á hacer tarde. Dígale usted á Santa que ya volveré á darle mi enhorabuena.

LA TIA JOSEFA

—Anda descuidá.

(El tío Antón entra con el capazo medio lleno de panchas, yendo á dejarlo junto al otro, al pié de la escalera.)

ANTONIA

(Yéndose.)—Hasta mañana.

EL TIO ANTÓN

—Adios.

IV

La tía Josefa y el tío Antón.

(La tía Josefa, coloca en un vasar la cazuela que dejó sobre la mesa, y aviva la lumbre del hogar, donde, sobre unas trévedes, habrá colocada una sartén, tapada con un plato de pié. El mango de la sartén, descansa en una escalerilla de las que se usan al efecto. El tío Antón coge la lía y el esparto, y continúa su tarea, sentado en donde antes estaba.)

LA TIA JOSEFA

—*(Al tío Antón.)*—¿Ves lo que yo te decía?

EL TIO ANTÓN

—¿Qué decías?

LA TIA JOSEFA

—Que no falta quien se recela, lo mesmo que nosotros, que Santa y José se quieren.

EL TIO ANTÓN

—Pues hay que dejarlos á su inclinación. Se les habla claro... y al pan, pan... y al vino, vino.

LA TIA JOSEFA

—Y si tó es pura figuración... y Santa y José no se quieren más que como hermanos...

EL TIO ANTÓN

—Entonces ella, si le páece bien, puede decirle que sí al Mayorajo... Dé toas

maneras, ni él es santo de mi devoción ni jamás ha de serlo. ¿Quién es el Mayorajo al fin y al remate? El hombre que ha vivió con nuestro trabajo y con el de otros pobres; el hombre que nos tratará sin compasión alguna en cuanti que le llevemos la contraria y no hagamos su santa voluntad. ¡Si no fuera por los calentamientos de cabeza que tiene por Santa, ande estaríamos á estas horas? ¡Pobres de nosotros! ¡Mil veces nos hubiera echao de este piazó de suelo, que está lleno de vida porque le hemos dao toa la nuestra!

V

La tía Josefa, el tío Antón, Santa, Moza 1.^a
y Moza 2.^a

(Santa, acompañada de otras dos mozas, aparece á la puerta de la casa; cada una trae su cántaro de agua á la cabeza y, á la mano, alguna cantarita ó jarra.

Santa viste refajo encarnado con es-

tampados negros, armilla negra, pañuelo de crespón color hueso, delantal y alpargaticos. No manifiesta más de veinte años, así como las dos mozas que la acompañan, las cuales visten por el estilo de Antonia y Dolores.

El tío Antón y la tía Josefa hablan en voz baja y medio atienden la charla de las mozas.)

MOZA 1.^a

(Como si ya se marchase.)—Condiós, zagalica! (A Santa.)

MOZA 2.^a

(En el mismo sentido.)—Condiós, mujer!

SANTA

(Con marcadas señales de preocupación, entrando en la casa.)—Andar con Dios!

MOZA 1.^a

(Llamando.)—Oye, Santa.—(Santa se

detiene y vuelve la cabeza atendiéndola.)

Y te vuelvo á dar la enhorabuena.

MOZA 2.^a

—Y que no estés triste, Santica, que la cosa es pa tó lo contrario,

SANTA

(Con gran tristeza que, en vano, trata de ocultar.)—No estoy triste; es que me duele mucho la cabeza.

MOZA 2.^a

—Algunas quisieran tener ese dolorcico.

SANTA

—Vaya un gusto de estar mala!

MOZA 1.^a

—Vaya un mal!

MOZA 2.^a

—Puede que algunas estén malas de verdá... de no tenerlo.

SANTA

—Tó lo tomáis á chanza.

MOZA 1.^a

(Riendo alegremente y marchándose.)

—Condiós!

MOZA 2.^a

(Lo mismo.)—Y que te alivies!

SANTA

—Condiós!

VI

La tía Josefa, el tío Antón y Santa.

SANTA

(Con enojo que á penas puede reprimir, y colocando el cántaro en el cantare-ro.)—Toa la huerta está llena de lo mesmo; de que me caso con el Mayorajo en seguía.

EL TÍO ANTÓN

(*Mirando á Santa fijamente.*) —Páece que te incomoda que lo digan.

ALERE FLANMAM
SANTA RITATIS

(*Queriendo disimular.*) No es que me incomode... pero como aumentan tanto las cosas y cá uno ha de decir la suya...

LA TIA JOSEFA

—Pues qué dicen?

SANTA

—Ná; pero que me dá rabia: la una... «¡Vamos, que no lo despreciarás!...» La otra... «¡Hija, qué suerte!» Después otra: «Me páece que se le arrejunta tó: buen mozo y rico...» y otra: «Ahora no le arreprearán á tu padre con el rento.»

EL TÍO ANTÓN

—Eso, también?!...

SANTA

—También.

LA TIA JOSEFA

—Desocupás!

VII

La tia Josefa, el tío Antón, Santa y Dolores.

(*La tia Josefa enciende los candiles: Santa se sienta á coser junto al velador, habiendo traído, de encima del poyo, una pequeña costura y una almohadilla. Ha anochecido; por la abierta puerta de entrada, se ve obscuro. Vuelve Dolores.*)

DOLORES

(*Entrando.*)—Vaya, aquí estoy yo otra vez; me páece que no he tardao. ¿Se ha cenao ya?

EL TÍO ANTÓN

—No; en cuanti que venga José.

DOLORES

—¿Es queavía no ha venfo?

32861

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL TÍO ANTON

—Tavía no; se ha empeñado en matarse á fuerza de trabajar... y lo va á conseguir!

(Dolores se sienta junto á Santa, hablándole en voz baja, risueña y cariñosamente.)

LA TÍA JOSEFA

—Vendrá estroceao y con la lengua por el suelo, como siempre.

EL TÍO ANTÓN

(Mal humorado.)—Matarse pa que otros vivan! *(Luégo á la tía Josefa, levantándose y dejando sobre la silla la sogá y el esparto.)*—Trae un candil y me alumbrarás. Vamos por un poco de panizo pa que se lo lleve el del molino.

LA TÍA JOSEFA

(Cogiendo el candil que está colgado en la campana de la chimenea.)—¿Sabe que tiene que venir?

EL TÍO ANTÓN

—Sí, ya lo sabe. *(Entre sí, reniega otra vez.)*—¡Matarse pa que otros vivan!... eso! ¡matarse pa que otros vivan! *(Subiendo lentamente á la cámara; la tía Josefa delante, alumbrando.)*

VIII

Santa y Dolores.

(Siguen sentadas.)

DOLORES

—El esperfollo de ese panizo que van á bajar, no fué de tanta alegría como el del año pasao. ¿Te acuerdas?

SANTA

(Con deleite y profunda tristeza.)

—¡Si me acuerdo!...

DOLORES

—Más alegre que ahora estabas en-

tonces. No se me olvida, que sacó José una panocha colorá... y ya iba á dejarla á escondías, en el montón, tan encortao como siempre, cuando tós lo vimos y nos pusimos á gritar: «Eso no vale; que abrace á la moza que él más quiera.» Y él se avergonzó... Pero tanto le rogue- mos, que se acercó á tí y te abrazó... (*con ternura*) ¡como si tuviera temor de troncharte entre sus brazos!... ¡Tu cara se puso más encarná que la misma pa- nocha!...

SANTA

(*Moviendo la cabeza afirmativamente, con un gesto amargo.*)—¡Ahora pue- de que José no me abrazara!...

DOLORES

—Qué tonta eres! No pienses así!

SANTA

—Tengo mis motivos pa ello, Dolo- res. (*Mirando en derredor, temerosa de que alguien más la oiga.*) Por eso es me- nester que hables con él en seguí y se-

pas su sentir. Estoy penando lo que no te puedes imaginar. Esto de estar entre dos aguas, me tiene muerta!...

(*Dolores la escucha, mirándola com- padecida; guardan un instante silencio; luego continúa Santa, con gran pasión.*)

—Antes me quería José... ¡más fijo que esa lus! (*Por la que las alumbra.*) Jamás me ha dicho su querer ni yo le he dicho el mío; pero él y yo estábamos ciertos de ello. ¿Pa qué lo habíamos de decir? ¡Ninguna falta hacía! Si desde pequeñi- cos, como tú sabes, hemos estao siem- pre juntos... ¡Si se miraban nuestros ojos tó lo que querían y, lo mismo que los pajaricos, charlábamos y charlába- mos, desde que Dios amanecía hasta que llegaba la noche... ¡Pero tó aquello se acabó! José ya no es el de entonces!

DOLORES

—¡No ha de serlo!

SANTA

—Con el atraso del rento, entraron en mi casa toas las tristezas!... toas!...

Comenzó el Mayorajo á venir más ame-
nudo y á fijarse en mí y á soltar palabri-
cas... y José comenzó á mirarme me-
nos... á decirme menos palabras... y á
huir de hallarme sola... ¡Yo no sé qué le
pasal... Pienso que, con tó y con ello, no
ha dejao de quererme... ¡Puede que sean
ilusiones mías! ¡Me cuesta tanto trabajo
pensar otra cosa!...

DOLORES

— Puede que tenga celos del Mayo-
rajo.

SANTA

— ¿Y si tiene celos, por qué páece
que se pone de parté de él.

DOLORES

— José lo aborrece; eso se conoce á
la legua.

SANTA

— Sí que lo aborrece; yo también lo
pienso; he visto, muchas veces, relucirle
los ojos de rabia, mirando al Mayorajo.

DOLORES

— Pues eso es que te quiere.

SANTA

— Dios mío, y si es así, qué es lo que
lleva guardao dentro de su corazón? Es
menester que hables con él, Dolores;
es menester que sepas tó su sentir y me
lo digas.

DOLORES

— No te apures; ha de ser esta mes-
ma noche. (*Resueltamente.*)

SANTA

— ¡Dios te lo pagará!

DOLORES

— Vamos, tonta! En cuantico que ha-
ya ocasión, entretienes á tu madre por
adentro, pa dejarnos á solas, y verás
como él me dice lo que le pasa.

SANTA

— ¡Ojalá!

DOLORES

—Y si no es á mí... di tú que á náide en el mundo ha de contarle sus sentimientos.

IX.

Santa, Dolores, la tía Josefa, el tío Antón, Andrés, Mozo 1.^o y Mozo 2.^o

(El tío Antón baja de la cámara cargado con un costal medio lleno; le sigue la tía Josefa, que alumbra con el candil.)

MOZO 1.^o

(Asomando á la puerta de entrada.)

—¿Quién hay aquí?

LA TIA JOSEFA

(Desde la puerta de la cámara.)

—Alante quien sea!

MOZO 1.^o

(Entrando en la casa.)— Buenas no-

ches. (Vienen con él Andrés y Mozo 2.^o Andrés se adelanta con aire de superioridad: viste terno de chaqueta de un género de lana color ceniza claro; camisa blanca planchada, de cuello bajo y sin corbata; sombrero de fieltro, alto de copa y ancho de ala; alpargates embotinados, nuevos, de lona blanca. Resalta en su chaleco una gruesa cadena de plata, y lleva sobre el hombro izquierdo, terciada á todo el largo, una rica manta lorquina.)

El Mozo 1.^o gasta chaqueta y chaleco oscuros, pantalón claro, alpargates embotinados, manta fina, sombrero acorobesado.

El Mozo 2.^o, pantalón y chaleco claros, faja negra, alpargates de cara estrecha, sombrero flexible y manta típica. Lleva una larga vara en la mano.

Al igual del tío Antón, todos estos hombres, huertanos castizos, llevan toda la cara afeitada.

Tanto Andrés, como sus dos acompañantes, no representan más de 25 á 30 años de edad.)

MOZO 2.º

(A la tía Josefa.) —¿Hay molienda?

LA TÍA JOSEFA

(Colgando el candil en la chimenea.)

—Remijonicos de pobre.

MOZO 2.º

—Y que no falten.

LA TÍA JOSEFA

(A mozo 2.º) —Y que Dios te oiga.*(Lo mismo que estaban antes, Dolores habla en voz baja á Santa; ésta cose sin darse cuenta, sumida en honda preocupación.)*

EL TÍO ANTÓN

(A mozo 2.º, el cual le ayuda á descargarse el costal en el suelo.) —¿Se vá de ronda?

MOZO 2.º

—A dar una vuelta con el Mayorajo.
(Indicando á Andrés.)

ANDRES

(Acercándose al grupo, con superioridad no exagerada.) —¿Qué hay, tío Antón?

EL TÍO ANTÓN

—Na de particular, Andrés.

ANDRES

—Se ha rematao ya la cava de los naranjos?

EL TÍO ANTÓN

—Ya.

ANDRES

—Falta les hacía.

EL TÍO ANTÓN

—Sí, pero como están las cosas tan malas... Ogaño se les ha helao toa la flor y no cogere una carga de naranjas... y, pa remate de fiesta, les faltaba esa plaga de gusanos que los atacan por la rais y dan fin de ellos.

ANDRES

—Pa ese mal, ó muchas cavas y mucho cuidado, ó comprar de unos polvos que hacen en Valencia, y echárselos.

EL TIO ANTÓN

(*Trasluciéndose que se enoja.*)—Ya lo sé; pero es que los amos de las tierras habláis muy bien de esas cosas que no los rascan el bolsillo.

ANDRES

(*Con algo de inmodestia.*)—Me páece que de mí no tendrá usté queja.

EL TIO ANTÓN

(*Conteniendo su incomodidad.*)—Yo... yo no; es un decir.

ANDRES

(*Enfáticamente.*)—Entonces no hay que hablar más de ello.

EL TIO ANTÓN

(*Con velado mal humor.*)—Sí, más vale dejarlo.

(*El tío Antón y Mozo 2.º quedan hablando de pié cerca del hogar; Dolores, viendo que el Mayorajo se acerca á Santa, se levanta y va á sentarse ante las devanaderas, poniéndose á devanar; Mozo 1.º se le acerca y le hace la ronza, hablándole abonico... La tia Josefa pone la mesa para cenar: la cubre con un tendido y coloca sobre ella una hogaza, una redoma con vino y el plato de pié con lo que en la sartén había á la lumbre.*)

MOZO 2.º

(*Al tío Antón.*)—Y José ¿ande anda?

EL TIO ANTÓN

—Rematando de cavar se queó en el soto... ya no tardará en venir.

(*Andrés, que se ha acercado á Santa, de pié é inclinado hacia ella con gallarda apostura, la habla enamorado, pero trasluciéndose algún recelo en su expresión.*

Santa, al oír que mientan á José, mira intranquila hacia la puerta de entrada, como temerosa de que llegue y vea al Mayorajo cerca de ella.)

ANDRES

(Con cariño á Santa.)—Santica, no te gastes tanto los ojos.

SANTA

(Sin levantar la cabeza.)—Pa lo que valen...

ANDRES

—Valen mucho!... pa mí, lo que el sol pa las matas, que se mueren si no les dá.

SANTA

—Gracias por el favor.

ANDRES

—Es la verdad pura y llana. Y como las matas mustias, estaré yo hasta que me respondas á lo que te dije anoche.

SANTA

—Te responderé pasao mañana, como te he prometfo.

ANDRES

(Con alguna intención y mal disimulado disgusto)—El que espera se esespera. ¿Por qué no habías de decirme ya tu pensamiento?

SANTA

—Nunca es tarde, si la dicha es buena.

ANDRES

—Tarde me ha de paecer á mí, por pronto que llegue... ¡Con tal ansia la aguardo! Con tal ansia... que en este desosiego de lo que me responderás... es mi padecer tan grande como si me hubieras dicho ya que no. Y decirme que no... *(Se acentúan su mal humor y sus recelos.)* no salirme yo con la mía... fuera lo que jamás me ha pasao... *(Pro-*

curando dulcificar su acento.) Y no me pasará... ¿verdad, Santica?

SANTA

(Con algún despego y seriedad.)

— ¡Quién sabe!

ANDRÉS

(Disimulando, pero sordu y siniestramente.) No quisiera que me respondieras así... Siento en tus palabras y en tus maneras, algo que no me dicen tus labios... y se me enciende la sangre... y tó mi querer se me vuelve rabia! (En este momento, aparece José á la puerta de la casa y dice «Ave María». Santa se levanta y sale solícita á su encuentro, dejando al Mayorajo casi con lo palabra en la boca.)

X.

Santa, Dolores, el tío Antón, la tía Josefa,
Andrés, Mozo 1.º, Mozo 2.º y José.

(José llega á la casa, encorvado bajo el peso de un haz enorme de leña, sobre el que trae también un brazado de hierba y ramas verdes. Al trasponer la puerta, se detiene un instante fijando una profunda y larga mirada sobre Santa y Andrés, que están juntos todavía; avanza entonces unos pasos, agobiado bajo el haz, y notan todos su presencia, cuando saluda.)

JOSÉ

— Ave María.

LA TÍA JOSEFA

— Sin pecao concebía.

(José viene jadeante, sienta la planta con inseguridad y pasa vacilando por debajo del arco, deteniéndose en el centro de la cocina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces es cuando Santa se levanta y, solícita, para aliviarlo del peso que trae, sale á su encuentro y, sin cambiar palabra con él, le quita rápidamente la vuelta de la sobrecarga, sogá larga y recia con la que trae sujeto el haz. José deja caer éste al suelo pesadamente y se endereza con trabajo. Aunque l'impío, va pobremente vestido y en mangas de camisa; usa faja negra, gasta pañuelo á la cabeza y calza recias esparteñas. Manifiesta 25 á 30 años de edad y en su cara morena, completamente afeitada, hay un gesto hermoso de serenidad profunda, de resignación soberana...

ANDRES

(Con intención y despecho á Santa, que viene á recoger la costura.)—Muy ligera has acudido á descargar á José!... (Luego llevándose la mano al corazón.) No te das tanta prisa pa quitarme á mí este peso. (Santa no le replica y, recogiendo la costura del suelo y poniéndola sobre la silla, va á sentarse junto á Dolores. Las dos mozas hablan de

vez en cuando en voz baja, atentas á los demás. Santa muy triste y pensativa. La tía Josefá sigue poniendo la mesa.)

MOZO 1.º

(A José, acercándose á éste y separándose de Dolores, cuando se acerca Santa.)—Siempre cargao.

JOSÉ

(Limpiándose el sudor de la frente y apartando su mirada de Santa y Andrés, en los que la tenía clavada.)—Siempre!... Es la del pobre! (Se sienta sobre el haz.)

ANDRES

(Acercándose también á José.)—Y la del rico... la de tós... ninguno va sin carga.

EL TÍO ANTON

(Con ironía.)—Sí, unos cargaos de miserias, otros cargaos de dinero... toas cargas! (Sentándose en la silla que antes ocupaba, echando un cigarro y encendien-

do con artes, para lo cual saca una bolsita de éstos.)

ANDRES

—Ca uno lleva su cruz.

JOSÉ

(Con expresión de tristeza y abatimiento que, á cortos intervalos, se revela con sorda y contenida rabia, que dá á sus frases un tinte de sombría amargura.) —Sí... pero hay cargas... y cargas!... Las de los ricos, pueden aliviarse y pueden dejarse caer... las de los pobres son más cansás! (Breve pausa.) Comienzan por hacer agachar la cabeza, después hacen doblar el cuerpo, y al remate, le arrempujan tanto al desgraciao que las padece, que le hacen tambalearse, dar malos pasos... y caer y arrastrarse en el barrizal de los caminos.

EL TÍO ANTÓN

—Eso!

JOSÉ

—O lo que es la mesma cosa: el pobre lleva la carga de su pobreza, que es la carga ande se juntan toas las demás, y prencipia por tener que aguantar y sufrir sin rechistar palabra, lo que á otro se le antoja; esto es: agachar la cabeza; (Señales de asentimiento por parte del tío Antón.) después tiene que ser embustero y tiene que hacer bajezas, ó lo que es igual: doblar el cuerpo; y al remate, tiene que perder la vergüenza y tiene que hacer malas acciones, que es caer y arrastrarse en el barrizal de tó lo malo!

EL TÍO ANTÓN

—Cabales!

JOSÉ

—Y estas cargas son de las que no se arrematan nunca!... el pobre que quiere sacudirlas, cae pa siempre, aplastao por ellas!... se muere de hambre!

MOZO 2.º

—De modo y manera, que el camino

que nos quea franco á los que vamos cargaos...

JOSÉ

—¡Franco! ninguno!

ANDRÉS

—Pero el que es trabajaor...

EL TÍO ANTÓN

—Qué tiene? Pan pa hoy y hambre pa mañana. Qué consuelo tiene un pobre con ser trabajaor! Ni asegura el pan de su casa, ni su vejés, ni ná! Si cae malo, tiene que salir en seguía alguna alma buena, pidiendo de casa en casa, pal pobre trabajaor. No hay noche que no se acerque alguno á esa puerta diciendo las mismas palabras: «Limosna pa un pobre enfermo, por Dios.»

ANDRÉS

—Y qué se va á hacer? (*Dándose por aludido.*) Me páece que cá uno socorre lo que sus fuerzas alcanzan!

EL TÍO ANTÓN

—Yo no sé lo que se va á hacer, ni niego que haya quien socorra á los pobres; pero pienso que algo falta que hacer todavía.

LA TÍA JOSEFA

(*Que ha terminado de poner la mesa. Llamando.*)—Antón, anda, dejarse eso ya. José..

JOSÉ

—Voy.

(*Pausa. El tío Antón y la tía Josefa se sientan á la mesa; José pone la hierba y las ramas verdes al pié de la escalera y coge un brazado de leña, entrando con ella al corral.*)

EL TÍO ANTÓN

(*Al Mayorajo y á los mozos que lo acompañan.*)—Muchachos, arrimarse. (*Invitando á cenar.*)

MOZO 1.º

—De salud sirva.

ANDRES

—Buen provecho; vamos á dar una vuelta por las casas de la Arboleja, ande nos esperan los que llevan la guitarra.

LA TIA JOSEFA

—Mirar que no caereis de sopa!

MOZO 2.º

—Eso por sabio!

(El Mozo 1.º se aproxima á Dolores, que continúa devanando, y el Mayorajo á Santa que viene á llevarse la costura. El tío Antón y la tía Josefá, sentados á la mesa, y Mozo 2.º hablando con ellos.)

ANDRES

—Santa... tu palabra espero.

SANTA

—Pasao mañana sabrás mi sentir.

ANDRES

—Si tu sentir es el mío, has de ser la reina de la huerta!... Pero lo mesmo te digo otra cosa... y disimula la franqueza: si después de haberme hecho esperar, me salieras diciéndome que no... yo no te respondo de lo que pueda venir. Si grande es mi querer, tan grande ó más puede ser mi aborrecimiento... *(Pausa.)* Y no tomes á mal estas palabras, Santica, que lo que por fuera tienen de duras, tienen de tiernas por dentro, y no son ni más ni menos que la prueba de que te quiero de verdá...

SANTA

—Será lo que esté de Dios.

ANDRES

—Será lo que esté de tí, que, pa mí, Dios eres tú. *(Se separa de ella para marcharse. Santa, en cuyo rostro se ve su tribulación y su pena, va hasta el poyo sobre el que deja la costura.)*

MOZO 1.º

—Dolores, lo dicho, dicho.

DOLORES

—Lo dicho: es menester pensarlo.

ANDRÉS

(Después de echar sobre Santa una mirada de recelo y de cariño.)—Vaya, aliós.

LA TÍA JOSEFA

—Andar con Dios.

(Sale José del corral y se pone á arreglar otro brazado de leña para llevarselo.)

EL TÍO ANTÓN

(Con jovialidad, á Mozo 2.º)—De rondo?

MOZO 2.º

—Hasta el amanecer. (Luégo á José.)
José, quieres venir?

JOSÉ

(Con gran desaliento.)—Estoy cansao.

MOZO 1.º

(Aparte á Mozo 2.º y marchándose.)

—Por lo desansiao y encogío, sí que páece que lo está... ¡pero es de vivir!
(Ya están cerca de la puerta; el Mayora-
jo sale primero.)

MOZO 2.º

—Como que se revienta á trabajar.

MOZO 1.º

—Pues es un bruto, que lo que no disfrute en esta vida, eso mesmo se pierde.

MOZO 2.º

—Y que lo digas! (La última frase,
en el momento de salir de la casa.)

XI.

Santa, Dolores, el tío Antón, la tía Josefa
y José.

LA TÍA JOSEFA

—Pero, José, qué haces?

JOSÉ

—Cenen ustés, que ya voy.

EL TÍO ANTÓN

(*Con paternal interés.*)—Anda, hombre, después arrematarás.

JOSÉ

—Si no es más que un viaje lo que me quea.

SANTA

(*A José, con solicitud coriñosa, acudiendo desde el poyo donde ha dejado la*

costura, pero sin abandonar su aire de profunda tristeza.)—Yo lo llevaré.

JOSÉ

(*Apartándola dulcemente.*)—No, no; déjame lo a mí. ¡Poco que punchan estas ramas! Te arañarían la cara y las manos!

SANTA

—Y qué? ¿Van a ser pa tí solo tós los punchazos?

JOSÉ

—Tós!

DOLORES

(*Dejando de devanar y acercándose a Santa y José, en son de broma.*)—Déjalo, es un desagradecio!

JOSÉ

(*Con vehemencia y gravedad.*)—Si hubiera de serlo, yo mesmo, con las uñas, me sacarí el corazón a piazos.

SANTA

(*Muy dulcemente.*)—Si te lo dice en broma.

DOLORES

(*Jovial.*)—Mia como te has puesto!... pues claro que es en broma, tonto! (*Los tres en un grupo: José en medio, Santa á su derecha, Dolores á su izquierda.*)

JOSÉ

—De broma y tó, me hace mal; ni siquiera pensarlo!... Desagradeció!... Eso es ser tó lo malo que hay que ser! Un perro agradece el pan que le echan y las caricias que le hacen, lamiendo la mano de quien lo halaga y defendiendo á quien lo trata bien; la misma fierra corresponde al cuido que se le dá y, por cá grano que en ella se siembra, devuelve ciento. Desagradeció!... Un corazón desagradeció, es como un peñascal: ande jamás agarra una mata... ande el terreno se embebe el agua, sin blandearse siquiera... ¡ande las simientes

caen y se secan y se las lleva el viento!... ¡Yo no soy así!... Antes seré tó lo desgraciao que se puede ser; desagradeció... nunca!

SANTA

—¿Pero no te digo que ha sío en broma!

JOSÉ

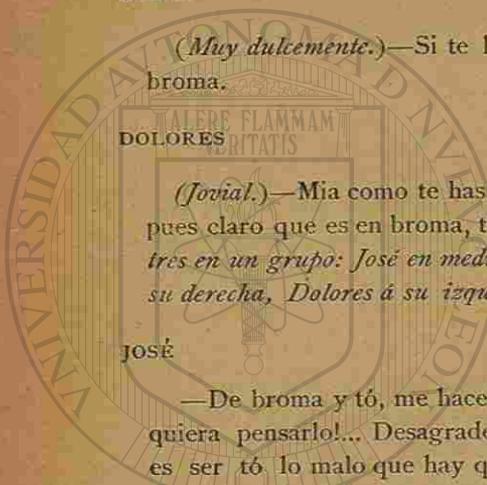
—Si lo sé... pero el pensarlo na más... ¡Es tanto lo que yo tengo que agradecer en este mundo!... ¡Es tanto lo que debo!... Vamos á ver: (*Como quien trata de convencerse á sí mismo.*) ¿El que puede pagar lo que debe y no lo paga, no es un ladrón?

DOLORES

—Claro!

JOSÉ

—Pues el que es desagradeció, es un ladrón de favores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, N.L.

EL TÍO ANTÓN

—¿Vais á venir ó no?

SANTA

—Sí, padre; ya vamos.

DOLORES

(*A José indicándole el brazado de leña, que tendrá en los brazos ó apartado en el suelo.*)—Anda, nosotras llevaremos esto. (*Por lo que queda.*)

JOSÉ

—Bueno! (*Entra al corral con el brazado de leña; Santa y Dolores, recogen las ramas que quedan y se van tras él. Pausa.*)

EL TÍO ANTÓN

(*A la tía Josefa.*)—Lo has oído?

LA TÍA JOSEFA

—Es su petera de siempre.

EL TÍO ANTÓN

—¿Qué sentimientos más buenos!

LA TÍA JOSEFA

—Es un piazo de pan.

SANTA

(*Aparte á Dolores, ambas saliendo del corral.*)—No te vayas sin hablarle; cáves me ponen más en cuidao sus palabras y sus maneras.

DOLORES

—Déjamele á mí!

SANTA

—Y si no es claro contigo, hablaré yo con él esta mesma noche; no quiero vivir más tiempo con este remor que me recoma el alma.

DOLORES

—Estate tranquila, que yo le puncharé pa que hable claro. (*Santa se sienta á*

la mesa, y también José que sale del corral en este momento.)

EL TÍO ANTÓN

—Dolores, ven y cena.

DOLORES

(Que se habrá puesto á devanar otra vez.)—Que les aproveche á ustés. Cené antes de echar pa acá, porque así me estoy aquí más tiempo.

EL TÍO ANTÓN

—Bueno, mujer. *(Comen en silencio. Dolores hace girar las devanaderas. Pausa.)*

XII.

Santa, Dolores, el tío Antón, la tía Josefa, José y un Huertano.

HUERTANO

(Desde la puerta de entrada, sin pa-

sar.)—Limosna pa un pobre enfermo, por Dios.

EL TÍO ANTÓN

—Pasa. *(El huertano obedece y se aproxima á la mesa. Es un hombre de unos 35 años; viste humildemente; lleva manta de tonos oscuros, sombrero flexible y alpargates.)*

HUERTANO

(Entrando en la casa.)—Santas y buenas!

LA TÍA JOSEFA

—Buenas noches!

JOSÉ

—¿Quieres cenar?

HUERTANO

De salú sirva!

EL TÍO ANTÓN

—¿Pa quién vas pidiendo?

HUERTANO

—Pa Juan Trabaja.

EL TIO ANTÓN

—Pa Juan Trabaja! El hombre más honrao de toa la huerta!...

DOLORES

—Vaya que lo es!

SANTA

—Y qué tiene?

HUERTANO

—Calenturas que á él y á tós los de su casa se los comen, ¡y están!... sin medicinas... sin un bocao de pan que llevarse á la boca... sin lus pa alumbrarse... sin una rama que quemar... ¡Muer-tos de hambre!... estroceaos por el frío!... Sin otro amparo que el de las buenas almas! (*Antón mueve la cabeza con pesadumbre.*)

LA TIA JOSEFA

(*Cortando un buen pedazo de pan.*)

—Tó sea por Dios!

DOLORES

(*Al huertano.*)—Mira, pasa ahora por mi casa también.

EL TIO ANTÓN

(*Levantándose y cogiendo la manta.*)

—Sí, nos iremos juntos pa allá.

LA TIA JOSEFA

(*Entregando al huertano el pan que ha partido.*)—Tén.

HUERTANO

(*A la tía Josefa, á la vez que toma el pan y lo echa al cujón de su manta, donde lleva algo más.*)—Que el Señor lo premie.

LA TIA JOSEFA

(*Al huertano.*)—Y á tí la buena obra!

DOLORES

(Llamando, cuando el tío Antón y el huertano ya van a salir de la casa.)

—Tío Antón: (Este se detiene y vuelve la cabeza.) Que se acerque mi abuelica hasta la puntica del camino, cuando ya se venga usted, pa irme con ella.

EL TÍO ANTÓN

—Quéate tranquila.

XIII.

Santa, Dolores, La tía Josefa y José.

DOLORES

—¡Qué verdá es lo que dice el tío Antón! Un hombre tan trabajaor... ¡tan honrao!...

LA TÍA JOSEFA

—¡Ahí tienes!... Cae malo? ¡Pues la perdición!

JOSE

(Desesperadamente.)— ¡Mal rayo! (Cerrando el puño con ademán amenazador.)

SANTA

—Con tres criaturas!

LA TÍA JOSEFA

—Tres!

DOLORES

—Dos nenes y una nena, que se pueden tapar, tós juntos, con un garbillo.

SANTA

(Señalando muy bajito en el suelo.)

—Como que son así de pequeños!

LA TÍA JOSEFA

(Levantándose y cogiendo el candil que hay colgado en la campana de la chimenea.)—Angelicos de Dios!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SANTA

(Sentada todavía á la mesa.)— ¿Ande va usted, madre? (A la tía Josefa.)

LA TIA JOSEFA

—A hacer las camas.

SANTA

—Yo las haré.

LA TIA JOSEFA

—Es lo mismo; quéate, si quieres, con Dolores.

SANTA

—Ella no es de cumplimento; le ayudaré á usted.

LA TIA JOSEFA

—Lo que tú quieras. (Entra en el cuarto.)

(José se levanta de la mesa y llevando hasta el centro de la casa uno de los capazos de panochas, se sienta y se pone

á desgranar. Santa quita la mesa y después entra al cuarto, mirando antes con insistencia á Dolores para recordarle que hable con José, aprovechando la ocasión de hallarse con él á solas. Dolores la tranquiliza con una mirada de inteligencia y lleva las devanaderas también al centro de la habitación, aproximándose un poco á José.)

XIV.

Dolores y José.

DOLORES

(Cariñosa y dulcemente.)— José, vente pa acá, hombre; vente pa acá y hablemos un ratico; (José arrastra el capazo cerca de Dolores y sigue su tarea silencioso y sombrío.) Vamos á ver: ¿por qué tienes tan mala cara?

JOSÉ

—¿Por qué ha de ser?

SANTA

(Sentada todavía á la mesa.)— ¿Ande va usted, madre? (A la tía Josefa.)

LA TIA JOSEFA

—A hacer las camas.

SANTA

—Yo las haré.

LA TIA JOSEFA

—Es lo mismo; quéate, si quieres, con Dolores.

SANTA

—Ella no es de cumplimento; le ayudaré á usted.

LA TIA JOSEFA

—Lo que tú quieras. (Entra en el cuarto.)

(José se levanta de la mesa y llevando hasta el centro de la casa uno de los capazos de panochas, se sienta y se pone

á desgranar. Santa quita la mesa y después entra al cuarto, mirando antes con insistencia á Dolores para recordarle que hable con José, aprovechando la ocasión de hallarse con él á solas. Dolores la tranquiliza con una mirada de inteligencia y lleva las devanaderas también al centro de la habitación, aproximándose un poco á José.)

XIV.

Dolores y José.

DOLORES

(Cariñosa y dulcemente.)— José, vente pa acá, hombre; vente pa acá y hablemos un ratico; (José arrastra el capazo cerca de Dolores y sigue su tarea silencioso y sombrío.) Vamos á ver: ¿por qué tienes tan mala cara?

JOSÉ

—¿Por qué ha de ser?

DOLORS

— Eso digo yo. ¿Por qué ha de ser?

JOSÉ

— Porque tó son penas, Dolóricas; porque veo que la desgracia más grande es la de ser pobre!

DOLORS

— Sí que es verdá; pero no te apures; en esta casa va á durar ya poco la pobreza.

JOSE

— Ojalá que pase así! ¡Y bien sabe Dios que por mí no lo deseo!

DOLORS

(*Mirándolo fijamente.*)— De modo y manera, que á tí te páce bien la boda de Santa con el Mayorajo?

JOSÉ

(*Con la falta de energía del que no*

dice toda la verdad.)— ¡No me ha de paecer! ¿Qué es lo que yo debo desear, sinó el bien pa Santa y pa sus padres? ¿Qué querer le tendría yo á Santa si no deseara su felicidad?

DOLORS

(*De un modo sagaz.*)— ¿Pero es que tú la quieres?

JOSÉ

(*Con recóndita pasión.*)— ¡No la he de querer!... (*Luégo, refrenándose.*) ¡como el mejor hermano!

DOLORS

(*Pausadamente y escudriñándolo con la mirada.*)— Yo pensaba que la querías de otra manera...

JOSÉ

(*Con desconfianza.*)— ¡De otra manera!...

DOLORS

Sí... como me decías otras veces, ha-

ce ya tiempo. ¿No te acuerdas? (*José mueve la cabeza lenta y negativamente, como pretendiendo negar, pero con la indecisión del que repugna la mentira*) ¿No te acuerdas? ¿Has olvidao cuando ibas á mi casa y te sentabas delante de mí pa hablarme horas y horas de Santa y siempre de Santa? ¿Has olvidao con el orgullo que decías: «Esta camisa me la ha cosío ella.» (*Tocándose el pecho.*) ¿Has olvidao cuando un día que venías de allá abajo, estroceao por la carga, yo te dije: «José, pa qué trabajas tanto?» Y tú, con la lengua fuera por la fatiga, pero reventando de satisfecho, me digistes: «¡Pa ella!»

José

(*Con ternura y embeleso.*)—No se me ha olvidao... (*Después cambiando bruscamente de tono.*) pero eso ná quiere decir...

DOLORES

—Que ná quiere decir?

José

—Aquellas eran cosas de zagales, y éstas son de más formalidá. (*Dolores lo mira con extrañeza y desconfianza.*) La proporción del Mayorajo no es cosa de despreciarse y, menos, (*con triste despecho*) si á Santa, como me recelo, no le páece mal el novio.

DOLORES

(*Con asombro.*)—¿Que Santa quiere al Mayorajo?!

José

—Sí.

DOLORES

—¿Y si no lo quiere? ¡Mira como tavía no le ha dicho que sí!

José

—¡Mira como tavía no le ha dicho que nó! (*Pausa.*)

DOLORES

—Me páece que te engañas.

JOSÉ

—Me páece que no. La he visto hablar con él bastantes veces. Si no lo quisiera, á la primer palabrita lo hubiera plantao. (*Con honda amargura.*) ¡Cuando he llegao del soto esta noche, bien ciegos que estaban ahí mesmico, (*indicando el lugar*) charla que charla!

DOLORES

—Tó eso no quiere decir que ella lo quiera.

JOSÉ

—Y si lo quiere, hace bien. No sólo ella puede ser felis, sinó que puede y debe asegurar también la vejés del tío Antón y de la tía Josefa, que tanto se lo merecen. Si á mí me pidiera consejo, lo mesmo se lo diría; pero... (*tristemente*) ya no tiene conmigo la confianza

que antes... ¡anda siempre tan reservá y tan encogía!

DOLORES

—Porque tú te has vuelto de lo que no eras, de arisco, y huyes de ella y de tós.

JOSE

(*Procurando fingir.*) —Yo?!

DOLORES

—Sí, José, tú; y es que á tí te pasa alguna cosa. (*En tono de resentimiento.*)

JOSÉ

(*Defendiéndose con poco valor.*) —No me pasa ná.

DOLORES

(*Bondadosamente, pero acosándolo.*)

—Mira, José, no me engañes, porque te vende la cara.

JOSÉ

—Te aseguro que no me pasa ná,
Dolores.

—Que no!... Tú has sío siempre franco y no sabes echar embustes.

JOSE

(Con débil resistencia.)—No me pasa ná, Doloricas... *(Sin mirarla y sin alreverte á levantar la cabeza; desgranando panizo sin cesar y más aprisa, para encubrir su emoción.)*

DOLORES

(Animada, al ver que tede.)—Júramelo por el descanso de tu madre.

JOSE

(Sin fuerzas para resistir más.)—No puedo!

DOLORES

(En tono de triunfo, al par que dulce y persuasiva.)—Ves?! Cuéntame lo que te pasa, José; cuéntamelo y verás cómo se alivia tu pena. ¡Si te se conoce á la legua tó lo que padeces!

JOSE

(Entregándose.)—Si que padesco... pero hay cosas que contándolas na más, pierden virtud. Son como las limas de nuestros huertos: ¡jarzaicas en el arca, es ande mejor huelen!

DOLORES

(Con sinceridad.)—Déjalo! Si no quieres, no me digas ná; no te hago fuerza.

JOSE

—Ande ya hemos llegao, me dá lo mesmo; no quiero que tengas queja de mí. *(Después, con misterio.)* Pero lo que va á salir de mi corazón, no ha de pasar del tuyo; se ha de quear entre los dos.

DOLORES

(Disponiéndose á oír.)—Descuida; náide lo sabrá!

JOSE

—Júramelo.

DOLORES

(Enlazando sus manos y besando las cruces que forman los dedos.)—Por éstas!

JOSE

—Por el descanso de tu madre, que está muerta como la mía.

DOLORES

Por el descanso de mi madre!

JOSE

—Pues bueno, Dolores, (sordamente, con amargura y pasión) tén por entendío que tó mi penar es por Santa. (Pausadamente y mirando con recelo hacia la puerta del cuarto.)

DOLORES

—Ves?!

JOSE

(Con desbordada pasión.)—Si... la quiero con toa mi vida! No como hermano... no! La quiero como antes la quería!... como la he querido siempre... como la quiere el Mayorajo! (Con rabia y desconsuelo.) Así!... así!... pero mucho más!

DOLORES

(Con perplejidad.)—¿Y no quieres que ella lo sepa?

JOSE

(Con precipitación y energía.)—No, nunca! Este querer es imposible!

DOLORES

—¿Imposible?!... ¿Y si ella también está por tí?

JOSE

—Ni lo está, ni Dios lo permita. De toas maneras, nunca tiene que saberlo. ¡Lo oyes bien? Nunca! (*Siempre mirando temerosamente al cuarto.*)

DOLORES

(*Con mayor extrañeza.*)—Bien sabe Dios que lo entiendo menos ahora.

JOSE

—Si Santa me quisiera... puede que le faltaran fuerzas á mi corazón pa resistir una pena más grandeavía.

DOLORES

(*Con gran asombro.*)—Más grandeavía! Que si Santa te quisiera, sería más grande tu padecer!

JOSE

—Sí! más grande!... Sería lo mesimo que estar muerto de sequía á la orilla de un brazal de agua fresca y clara... á la orilla de un brazal ande pudiera abru-

zarme y beber toa la que quisiera... y con tó y con ello no beber... no catarla... ni siquiera una gota!.. viéndola como se iba delante de mis ojos, muriéndome abrasao!...

DOLORES

—Pero, Dios mío, por qué ha de ser eso?

JOSE

(*Con abatimiento.*)—Porque es mi sino penar... penar tanto, como querer siento por Santa... ¡que es penar!... Porque tengo que pagar lo que debo... ¡que puedo pagarlo y no quiero ser ladrón de favores!

DOLORES

(*Comprendiendo, al fin.*)—Ah!... ¿Pero tú qué debes, infelís?

JOSE

(*Con profunda convicción.*)—Lo que no se paga con tós los tesoros del mun-

do... lo que no tiene precio, de tanto como vale... lo que sólo se paga con otra cosa igual... con otra cosa que valga más que tóico el oro y tóicas las riquezas!

DOLORES

—Ponderas demasiao.

JOSE

—Na de ponderación, Dolores. El tío Antón está arruinao por sus buenos sentimientos y por los malos años, debe ya dos pagas del rento, y la única manera de salir alante en esta casa, enténdelo bien, Dolores, es casándose Santa con el Mayorajo.

DOLORES

(*Gravemente, totalmente convencida.*)

—Eso sí que es verdá.

JOSE

—Y si es verdá ¿sería yo agradeció y bueno sí, ahora que hay ocasión de ase-

gurar la vejés de los pobres viejos, estorbara ese casamiento, dando á entender el cariño que le tengo á Santa? ¿Que callando me sacrificio por ellos? Y qué? ¿No se sacrificaron ellos por mis padres y por mí? Es mi obligación callarme y recomerme, y así lo haré; no tengo otra manera de pagarles tó lo que les debo.

DOLORES

—¿Pero y si Santa te quisiera y fuera otra desgraciá como tú?

JOSE

(*Con dolorosa expresión de gozo.*)

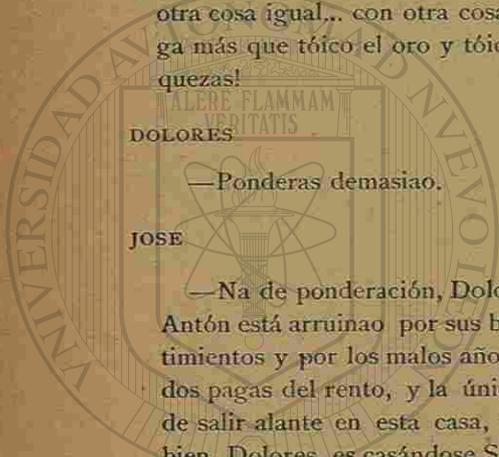
—No se aumentará mi pena con esa suertel... pero si eso pudiera ser, retorcería yo con más fuerza mi corazón.

DOLORES

—¿Y si ella se empeñaba en casarse contigo, cegá por el querer?

JOSE

—No conseguiría ná! Lo he pensado



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
CALLE 1623 MONTERREY, N.M.L.

muy bien, Dolores; es mi obligación y he de cumplirla.

DOLORES

¿Y si Santa supiera tu querer?

JOSE

Yo me arrancaré la lengua antes que confesárselo, y tú... tengo por cierto que no me has de vender. ¿Verdá que no?

DOLORES

—Descuida, mi juramento es sagrao.

JOSE

(*Con dulce persuasión.*)—Y no sólo por tu juramento, Doloricas. Tú eres buena y tienes conocimiento; tú ves ahora lo mismo que yo, que no debo apartarme del camino que llevo; tú me das la razón ¿verdá?

DOLORES

(*Con profunda tristeza que ha ido apo-*

derándose de su ánimo.)—Sí que la tienes, José; pero yo no sé qué va á pasar aquí; me asusto de pensarlo, porque tós los de esta casa sois así como algo mío. ¡Bien decías antes que la desgracia mayor es la de ser pobre! Con que el tío Antón tuviera pa pagar el rento, estaba tó arreglao. ¡Tó por el rento!... por el maldito dinero!.. por gobernarse este mundo de tan mala manera! En mi casa encangrenaciones, aquí penas, en ca Juan Trabaja muriéndose de hambre!

JOSE

—¡Tó por el rento, sí, tó por el rento!
(*Abatido, con la cabeza entre las manos.*
Pausa.)

DOLORES

—Oye, José: ¿Y si Santa se negara, de tós modos, á casarse con el Mayorajo?

JOSE

—No se negará; pero, si acaso se ne-

gara, pa mí puede que no haya salvación de toas maneras. ¡O con mi alma ó con mi cuerpo, he de sacar de apuros al tío

Antón!

ALERE FLAMMAM
DOLORES ITATIS

—Ya es menester que Dios te dé fuerzas!

JOSÉ

—No, si me sobran; si pa algo me ha puesto Dios este corazón dentro del pecho. *(Pausa.)*

DOLORES

—Vas á padecer lo que no te imaginas!

JOSÉ

—¡Y eso que tú no sabes hasta ande llega mi querer ahora! Antes, yo quería mucho á Santa... pero aunque no se lo decía, me consolaba con estarme á su lao las horas muertas, hablándole de otras cosas y mirándola... *(Suenan fuera unos*

cascabeles de caballo de molino que pasa algo lejos.) Mi querer era como el agua que mana de una fuente y corre escondiéndose entre la yerbecica... ¡La yerbecica, que eran mis palabras sin fusté y mis mirás sin malicia, en las que se escondía mi querer que manaba y manaba y corría y corría, como el agua de la fuente!...

DOLORES

—¡Pobre José!

JOSÉ

—Pero después, cuando el Mayorajo comenzó á hacerle la rouza á Santa, á la par que se ponían las cosas malas pa el pago del rentó, yo me hice cargo de tó y me conformé á ser un desgraciao, en tal de no ser un desagradecío... Y la fuente manaba y manaba... y manando sigue! Pero ya no corre entre la yerbecica... Sin aquel alivio, mana aquí dentro, *(tocándose el pecho)* y tan llena está, que el agua, que es mi querer, llega an-

de nunca ha llegao, y temo que me ahogue, ó salga esbordá, como por los quijeros de la zarbe cuando viene rafa. ¿Qué son estas cosas que te cuento, sinó borbotones de esa fuente que mana en el mesmo corazón?

(Dolores le muestra asentimiento, moviendo la cabeza afirmativamente é indicándole con señas que alguien sale del cuarto.)

XV.

Dolores, José, Santa y La tía Josefa.

(Santa y su madre salen del cuarto. Santa, al salir, mira con afán á José y después á Dolores con interrogadora é insistente mirada.)

LA TIA JOSEFA

¿No habeis sentío al acarrear del molino?

DOLORES

— No, señora.

LA TIA JOSEFA

— Juraría que han sonao los cascabels del caballo. ¿No los has sentío tú, Santa?

SANTA

— No, señora.

LA TIA JOSEFA

— Pues una de dos: ó yo lo he soñado, ó estais los tres sordos.

DOLORES

— Habrá pasao por cal tío Ramón el Animero, pa entrar aquí á la vuelta.

LA TIA JOSEFA

— Eso será. Oye, José:

JOSÉ

(Volviendo la cabeza, sin dejar de desgranar.) — Mande usté?

LA TIA JOSEFA

— Si viene, que se lleve el costal.

JOSÉ

—Sí, señora.

LA TÍA JOSEFA

—Va una hanega; díselo.

JOSÉ

—Bueno.

LA TÍA JOSEFA

—Y me voy á dormir, que me estoy cayendo de sueño. Vaya, buenas noches.

(Entrando en el cuarto.)

DOLORES

—Buenas noches.

XVI.

Dolores, José y Santa.

SANTA

(A Dolores, mirándola con deseo de saber lo que ha hablado con José.)—¿Has devanao mucho?

DOLORES

—Poquico.

SANTA

(Con alguna intención. Siempre sin dejar su aire triste y preocupado.)—¿Te se ha enreao la madeja?

DOLORES

—Algo.

SANTA

—Pues la lana es suavecica.

DOLORES

—No te pienses... cuando dice á enrearse... *(José deja de desgranar y cogiendo el brazado de hierba y ramas verdes que dejó al pie de la escalera, se dirige al corral.)* ¿Ande vas, José?

JOSÉ

—A echarles este puñado de yerba á los animalicos, que buena falta les hace.

DOLOROS

(A José también.)—¿Vendrás el lunes
á esperollar á mi casa?

JOSÉ

—Ya veremos.

DOLOROS

(A Santa.)—Y tú?

SANTA

—Yo qué sé!

DOLOROS

—Jesús y qué rabia! hasta la alegría
páece que se hace vieja y que se quiere
morir! (José desaparece por la puerta del
corral.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
XVII.

Santa y Dolores.

(Santa con angustiada ansiedad, y no-
tándose en Dolores la violencia con que
miente.)

SANTA

—Qué!

DOLOROS

—Ná.

SANTA

—Dices que ná?

DOLOROS

—Como si ná.

SANTA

—Pero no has hablao con él?

DOLOROS

—Sí... algo.

SANTA

—Y le has dicho mi sentir?

DOLOROS

—¿Pa qué, si no me ha dicho el suyo?

SANTA

—Bueno, dime lo que sea; dímelo tó.
¡Mira que me tienes con un cordel al
cuello! ¡Cuéntame sus palabras una por

una!

DOLORES

—Dice que no eres la misma con él...

SANTA

—Él sí que no es el mismo conmigo!

DOLORES

—Que te has vuelto tan reservá...
que antes te franqueabas con él y tó se
lo decías... *(Sin saber cómo seguir.)* Y
que quieres al Mayorajo.

SANTA

—Dios mío! Pero haberle dicho tú
que se engaña... que no quiero á ese
hombre, que lo aborresco.

DOLORES

—Algo así le he dicho; pero él dice

que lo quieres y que haces bien en que-
rerlo.

SANTA

—*(Con estupor y asombro.)*—¿Le
páece bien que yo quiera al Mayorajo?!

DOLORES

—Sí, dice que esa boda te conviene...
(movimiento de terror en Santa) y yo
pienso que tiene razón.

SANTA

*(En el colmo del asombro y con amar-
gura infinita.)*—Tú! Tú también Dolo-
res? ¡Pues pa qué has hablaó con él!
(Llora.) Pero, Señor, si no puede ser;
si él es bueno; si su corazón era blando
como la cera y no es posible que se ha-
ya vuelto duro como los asperones de
los caminos... ¿Y no te ha dicho na más?

DOLORES

—No.

SANTA

—¡Y pa qué decirte más?! Yo hablaré con él esta mesma noche... ahora mesmo! No puedo creer que siente lo que te ha dicho... y si lo siente... que me lo diga á mí también y que me acabe de matar!

XVIII.

Dolores, Santa, el tío Antón y Paco el molinero.

EL TÍO ANTÓN

(*Entrando.*)—Dolores, ahí está tu abuelica en la puntica del camino.

(*Santa se limpia los ojos y procura serenarse. Suenan otra vez los cascabeles un poco lejos, y se van acercando hasta oírse en la misma puerta.*)

DOLORES

(*Al tío Antón.*)—Voy en seguida. (*Luego á Santa, haciéndole una caricia.*) Tén pacencia, mujer; verás como tó se arregla. Hasta mañana.

SANTA

(*Muy triste.*)—Anda con Dios.

DOLORES

—Tío Antón, buenas noches. (*Sale corriendo, abrigándose las manos con el delantal y encogiéndose, como temerosa del fresco de la noche.*)

EL TÍO ANTÓN

(*A Dolores.*)—Condiós, hija! (*Luego al del molino, que está fuera.*) Paco, entra y echa el costal. (*Después á Santa.*) Y José?

SANTA

—Al corral ha salío.

(*Entra el acarreador del molino: es un hombre de unos 40 años; va en mangas de camisa y todo enharinado; usa montera negra y faja encarnada.*)

EL TÍO ANTÓN

(*Al acarreador, que ya está cargando.*)

se el costal.)—Párece que llevas poca molienda.

PACO

(Con el costal á cuestas y á tiempo de salir.)—Tós los días es ahora lo mesmo; y antes... acarrecaba el doble; siempre iba el caballo reventao. Yo no sé lo que es; pero los molinos no se aumentan... y gente... se me figura que hay más ca día. No párece sinó que tó el mundo pasa hambre.

EL TÍO ANTÓN

—Algo de eso, Paco, algo de eso.

PACO

(Saliendo.)—Vaya, condíós!

EL TÍO ANTÓN

—Condíós!

(Suenan los cascabeles de nuevo, hasta perderse el sonido á lo lejos.)

XIX.

Santa, el tío Antón y José.

(Santa se ha puesto á coser junto al velador, José entra del corral y sigue desgranando panizo.)

JOSE

—¿Le habeis dicho al del molino que va una hanega?

SANTA

—Ay!... nó!

EL TÍO ANTÓN

(A Santa.)—Déjalo, es lo mesmo ¿Y la madre?

SANTA

—A dormir.

EL TÍO ANTÓN

—Pues yo también.

José

(Al tío Antón.) ¡Regaremos mañana!

EL TIO ANTÓN

—Sí; ya sabes que hay que madrugar pa que no nos quiten el agua. Echate pronto.

JOSE

—Tavía es temprano; desgranaré estas panochas.

EL TIO ANTÓN

—Lo que quieras. ¿Y tú, Santa?

SANTA

—Voy á ver si acabo esta armilla.
(Mostrando la costura.)

EL TIO ANTÓN

—Bueno (Cierra la puerta de la casa y después entra al cuarto.)

XX.

José y Santa.

(Quedan completamente solos; hay un embarazoso silencio. José desgrana panizo, hondamente preocupado; su rostro se nubla con sombría tristeza que se aumenta gradualmente. Santa, que está algo alejada de él, lo mira ansiosamente, sin saber cómo empezar á hablarle. Pausa.)

SANTA

(Timidamente, con acento triste y cariñoso.) José, tengo que decirte una cosa.

JOSE

(Mirándola con alguna cortedad y también con acento triste y dulce.)—Tú dirás.

José

(Al tío Antón.) ¡Regaremos mañana!

EL TIO ANTÓN

—Sí; ya sabes que hay que madrugar pa que no nos quiten el agua. Echate pronto.

JOSE

—Tavía es temprano; desgranaré estas panochas.

EL TIO ANTÓN

—Lo que quieras. ¿Y tú, Santa?

SANTA

—Voy á ver si acabo esta armilla.
(Mostrando la costura.)

EL TIO ANTÓN

—Bueno (Cierra la puerta de la casa y después entra al cuarto.)

XX.

José y Santa.

(Quedan completamente solos; hay un embarazoso silencio. José desgrana panizo, hondamente preocupado; su rostro se nubla con sombría tristeza que se aumenta gradualmente. Santa, que está algo alejada de él, lo mira ansiosamente, sin saber cómo empezar á hablarle. Pausa.)

SANTA

(Timidamente, con acento triste y cariñoso.) José, tengo que decirte una cosa.

JOSE

(Mirándola con alguna cortedad y también con acento triste y dulce.)—Tú dirás.

SANTA

—Es una cosa... que puede que ya la sepas, como toa la huerta la sabe.

JOSÉ

—Puede que sí.

SANTA

—Es... el por qué de venir tanto al Mayorajo á esta casa. *(José no levanta la cabeza. Santa, tras una breve pausa, viendo que él nada dice, continúa con mayor timidez y mayor tristeza.)* Sabrás... como me ha pedío compromiso.

JOSE

(Sin mirarla.)—Ya lo sé.

SANTA

(Emocionada, temblorosa, casi llorando.)—¿Y qué te páece?

JOSE

(Con esfuerzo sobrehumano y mirada con sublime resignación.)—¿Qué

me ha de paecer! Que es una suerte. *(Pronuncia la palabra «suerte» de una manera que, sin dejar de ser natural, encierra una ironía dolosa.)*

SANTA

—*(Con profunda extrañeza.)*—Una suerte?

JOSÉ

—Sí; tos lo dicen.

SANTA

(En tono de triste reconvención.)—¿Y tú también!

JOSÉ

—Es la salvación de tus padres.

SANTA

(Sorda y desesperadamente.)—Es la condenación mía!

JOSE

—Santa... ¿y por qué ha de ser eso?

SANTA

—Porque yo no quiero al Mayorajo.

JOSÉ

(*Con asombro en el que brilla un leve relimpago de alegría, quedando al punto más sombrío y triste.*) ¡No?!

SANTA

(*Con franca pesadumbre.*) —¡No!

JOSÉ

—Pero quieres á tus padres.

SANTA

—Con toa mi alma!

JOSE

—Es que si no se hace ese casamiento, tus padres están perdíos.

SANTA

—¡Perdíós!.. por qué? (*Animada y mirándolo apasionada é insinuante.*) Tra-

bajaremos tú y yo... trabajaremos sin descanso, día y noche... pa ellos na más... pa que no les falte náica! Tú y yo siempre, como trabajamos ahora! (*Marca con deleite el «tú» y «yo».*)

JOSÉ

—No es bastante, Santa. (*Conteniendo su dolorosa desesperación.*) Con tó nuestro trabajo, no juntaríamos nunca lo que hace falta pa pagar el rento... ¡y el rento es tó! A tus padres les faltaría la vida.

SANTA

—¡La vida!

JOSÉ

—La vida, sí, la vida! Esas tierras que tantas veces han regao con el sudor de su frente... esta casa ande ha nació tu padre y ande has nació tú... Desengañate: si no se paga el rento ó te casas con el Mayorajo, que es lo mesmo, nós echarán á la calle como si fuéramos

unos extraños, y los pobres viejos se morirán de tristeza en cuatro días!...

SANTA

(*Sollozando.*)—¡Dios mío!

JOSÉ

(*Muy dulce y tristemente.*)—Lo que oyes, Santa. Y echar á tus padres de aquí, es matarlos. Ellos son como los árboles viejos: los pobres han echao raíces hondas en este piazó de huerta y, si los trasplantan ahora, es seguro que se mueren.

SANTA

—Si tienes razón... (*Con gran abatimiento. Después, llena de mortificante confusión.*) ¿Pero cómo eres tú quien habla de ese modo?

JOSÉ

¿Y quién ha de hablar así mejor que yo? Tú no te acuerdas de lo que tus padres hicieron por los míos y por mí...

eras muy pequeña... Yo me acuerdo como si fuera ahora mesmo cuando aquello pasara... (*Pausa y, luégo, en evocación solemne:*) El frío de la calentura se nos metía hasta los huesos y nos quitaba la vida poco á poco... el frío de nuestra pobreza y abandono se nos metía hasta el corazón, helándonos toa esperanza... Pues de aquí, como si esta casa fuera el mesmo cielo, llevaron tus padres á la mía mantas y cobertores que nos quitaban el frío del cuerpo y cuidados y cariños que nos quitaban el frío del corazón! (*Pausa.*) Después... cuando mi padre ya estaba en las últimas, comprendiendo el tuyo lo que querían decir aquellas mirás de desconsuelo que nos echaba, se acercó y le dijo endulzándole aquella agonía: «No te apures; tu mujer y tu hijo quean á mi cargo.» (*Casi llorando.*) Ya lo ves: tó de tus padres, tó de aquí: pan pa el hambre, calor pal cuerpo, cariños pa el alma! (*Pausa.*) Y se murió mi padre y á tu casa vinimos mi madre y yo. Y mi madre estuvo un año entero peleando entre la vida y la

muerte... y tus padres acudiendo á tó lo que había que acudir... hasta que al remate, también cayó la pobre, consumía por sus malencias y por la pena de haberse quedao viuda... Y paeciéndoles á tus padres poca tavía tanta virtud, me recogieron pa siempre y me han criado como si fuera su propio hijo. ¡Ya ves si les debo! ¡Ya ves si es justo que hable así! ¿Cómo he de hablar yo, si jamás olvidó tó el bien que por nosotros se ha hecho en esta casa y si nunca se me va de delante de los ojos y de dentro del pecho, aquel consuelo tan grande que tuvo mi padre en la hora de su muerte? Me tomas parecer... Y qué te he de decir yo? Que te cases con el Mayorajo, que asegures la vejés de los pobres viejos... y na más.

SANTA

(*Con abatimiento sombrío.*)—Tó lo que me dices es el Evangelio, ¿Pero por qué me lo has de decir tú si, teniendo razón, páece locura y, siendo una verdad, páece mentira? (*Pausa.*) Los pobres

viejos!... mis padres!... Náide les tiene más querer que yo!... (*Con desesperación.*) ¡Pero es que va á ser muy grande mi sacrificio!... ¡muy grande!... Yo no quiero al Mayorajo! ¡Yo no quiero á ese hombre! lo aborresco! es la causa de toas nuestras penas! es el rento que ha tomao cuerpo en persona!...

JOSE

(*Con expresión de duda y dejos de dolor y de alegría.*)—¿Y dices que no lo quieres?!

SANTA

(*Con rabia.*)—No! ¿Cómo quieres que te lo diga? No! no lo quiero! ¡Ni verlo! ni soñarlo! ni que me lo mienten!

JOSÉ

—Pues esta noche, al entrar yo, bien que te han visto mis ojos junta con él... lao por lao y abonico hablando!

SANTA

—¡Lao por lao!... sí! Pero qué lejos

su sentir del mío! ¿Eso no lo has visto tú, verdá? (*José mueve lenta y negativamente la cabeza.*) ¡Que hablábamos abónico!... ¡Pero lo que mi corazón decía á voces, tampoco lo sabes! (*Pausa. José rehuye las miradas de Santa; ella prosigue, como tomando una resolución extrema.*) Y no es lo peor que aborresco al Mayorajo... ¡es más grande mi desgracia!

JOSE

(*Con interés.*)—¿Por qué?

SANTA

—¡Por qué ha de ser?!... (*Con sorda pasión y cogiéndolo por los brazos con amorosa rudeza.*) Bien lo sabes!

JOSE

(*Adivinando.*)—¡Santa!

SANTA

—Sí, porque te quiero con tó mi corazón!

JOSE

(*Conmovido.*)—¡Dios mío!

SANTA

—¡Con toa mi alma!

JOSE

(*En explosión de gozo, pero conteniéndose al instante abrumado, aterrado.*)

—¿Que me quieres?!... ¿Que me quieres!

(*Santa sigue diciendo que «sí» con la cabeza y con los ojos, expresando su cara una angustia infinita, al ver que José se aparta de ella como huyendo su contacto y sin corresponder con una sola palabra de afecto á la confesión de su cariño. José retrocede temblando hasta la escalera y sube vacilante, sin apartar sus ojos de Santa; ella, desolada, lo mira alejarse como una ilusión que se desvanece...*)

Parte segunda

EL MAYORAJO.

En la casa del tío Antón.

I.

Santa, Dolores, José y un Huertano.

(Es al otro día, de parte de mañana. Por la puerta de la casa, abierta de par en par, se ve el espléndido paisaje de la huerta, inundado de luz... Puesta a la lumbre del hogar sobre unas trévedes, humea una olla...)

Santa, muy abatida y llorosa, está sentada en el poyo; Dolores, de pié a su lado y echándole el brazo por encima, la consuela y le dá ánimos. Dolores lleva pañuelo á lo curra y está enharinada como en día de amasijo.

José, con un tablacho debajo del brazo y un legón al hombro, casi vuelto de es-

paldas, habla desde la puerta de la casa con un huertano que pasa por allí.)

HUERTANO:

(Desde fuera y en voz alta.)—José, pácece que has tomao la tempranera.

JOSE

(Desalentado, taciturno.)—De poco me ha servío.

HUERTANO

—¿Es que no has regao?

JOSE

—Sí; pero con mil apuros. Ha pasao lo de siempre: se le ha ocurrió regar al alcalde del partío, y me ha dejao sin agua.

HUERTANO

—¿Y qué vas á hacer? Si rechistas, peor!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1626 MONTERREY, N.

JOSE

Ya lo sé. (*Penetra en la casa apocada, triste; advierte la presencia de Santa y Dolores, pero finge no verlas; desaharra por la puerta del corral, yendo á dejar el tablacho y el legón.*)

II.

Santa y Dolores.

DOLORES

—Es menester que tengas conocimiento y que no te desesperes. Le dices sí ó no; lo que más te convenga.

SANTA

—Lo que más me convenga! (*Moviendo la cabeza tristemente.*)

DOLORES

—Sí; porque con tanto espera y espera, se puede dar lugar á que el Mayo-

rajo se incomode y tenga que ver con José... y si llegaran á tropezarse, Dios sabe lo que vendría! Tén por entendido que la cosa no anda muy bien. Esta mañana, en la cequia, he sentido decir que anoche en la Arboleja, y después de que se fuera de aquí, volvieron loco al Mayorajo, con tanto decirle y decirle. Cómo lo pondrían, que dicen que estuvo á punto de volver aquí y aporracear la puerta, pa que, sin más ardoeos, le dieras el sí ó el no. Gracias que hubo quien se lo quitó de la cabeza... aunque no se sabe si el remedio ha sólo peor que la enfermedadá.

SANTA

(*De un modo sombrío.*)—Por qué?

DOLORES

—Porque páece que lo han visto esta mañana muy risueño... Con esa risica intencioná y falsa del que maquina algo malo.

SANTA

—Algo malo! Qué más malo que su empeño de quererme?!

DOLORES

—Han contaó, que le ha dicho una moza: «Andrés, páece mentira! Te va á ganar la novia, na menos que José: el más pobretón de toa lo huerta.»

SANTA

—¡Que no fuera cierto!...

DOLORES

—Y dicen que ha dicho él, sin dejar la risica: «Conque José... ¡qué ganas tenéis de enreo! De toas maneras, de hoy no pasa sin que yo sepa lo que hay de verdá en tó lo que dice la gente.»

SANTA

—¡Hoy mesmo?!

DOLORES

—Sí; ha dicho que, de camino que iba

á recoger algo de lo mucho que le deben en la huerta, pasaría por aquí á ver qué le decías.

SANTA

—Pero, Dios mío ¿qué voy á decirle? Si le respondo al Mayorajo que no, pierdo á mis padres... si le digo que sí, pierdo á José... Y no quiero ser la perdición de mis padres... pero no quiero quearme sin José... No quiero quearme sin él, Dolores, porque, pa más desesperación mía, no se me vá la esperanza de su cariño. Sí, me muero por él y me consuelo pensando que él también se muere por mí. Que se muere por mí!.. que padece como yo padesco!.. ¡Ya ves hasta ande llega el querer! Gozo con sus penas; con sus penas, que me páece que son tan grandes como las mías, pero que las disimula y se recome y se aguanta. Toa su idea, es que mis padres no tengan una mala vejés... y me recelo que por conseguirlo, sacrifica toas sus ilusiones. ¡Si no puede ser que no me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO REYES
1225 MONTERREY, N.L.

quiera, Dios mío! Con su boca tenía que decírmelo, y no me lo creería! Y que sí ó que no, con su boca ha de decirme, pa que antes que venga el Mayorajo, sepa yo lo que le he de responder. Él, el mismo José, hoy me ha de sentenciar pa vida ó muerte! ¡Si me quiere, pa él na más!... Si no me quiere... (*con desesperación*) si me dice que no... pal Mayorajo! pa la sepultura! tó es lo mismo!

DOLORES

—¿Pero no hablastes con él anoche?

SANTA

—Sí que hablé... pero como si no hubiera hablao.

DOLORES

—Pues qué te dijo?

SANTA

—Muchas cosas buenas que me hicieron el mismo daño que si fueran malas: que mis padres son antes que tó!

que mi casamiento con el Mayorajo es la vida de ellos!... su salvación!... Y yo digo que su salvación y su vida... pero que también mi condenación y mi muerte!

DOLORES

— ¡Tó sea por Dios!

SANTA

—Sí, eso me dijo... y yo, por contra, le dige tó mi sentir; Tó lo que llevo aquí dentro que me abrasa las entrañas! (*Tocándose el pecho.*) ¡Tó lo que me rebulle en la cabeza, volviéndome loca! (*Pausa.*) Mira si llegué á decirle, que pasé por encima de mi recato y, por ver si se blandecía, hasta le dige que lo quería!

DOLORES

—¿Tú le has dicho eso?!

SANTA

—Sí! Se queó tó asombrao... Lo ví como si fuera á volverse loco de alegría ó loco de dolor, que de las dos cosas te-

nía su cara y, sin responderme ni siquiera una palabrita de cariño, se fué tambaleándose por esa escalera. *(Llora.)*

DOLORES

Pobretica!

SANTA

—Quise llamarlo; pero me ahogó el dolor, se me fué la cabeza... y allí mismo me quedé desvanecida... *(Indicando el lugar.)* ¡No quiso Dios que fuera pa siempre!

DOLORES

—Vamos, tó menos desesperarte!

SANTA

—No desesperarme!... no es pa menos lo que me pasa. El tiempo que vuela... los dos años de rento sin pagar... estas cosas que me cuentas que me acobardan y me atemorizan... el Mayorajo que quiere á toa costa que le responda... y José siempre duro y pesao como

un peñasco!... *(Se siente acongojada y desvanecida.)*

DOLORES

(Sosteniéndola.)—¿Qué tienes?

SANTA

(Muy decaída.)—Na; que se me vá la cabeza.

DOLORES

(Muy cariñosa.)—Pues mira: te recuestas un ratico ahora, y descansas. *(Santa manifiesta con un movimiento de hombros que le es igual y se abandona á Dolores que la conduce al cuarto. Pausa.)*

SANTA

(Deteniéndose con Dolores en el dintel de la puerta y señalando á José que, sombrío, saliendo del corral, se encamina á la cámara.)—Míralo; siempre huyendo de tropezarse conmigo! *(Luégo, resueitamente á Dolores, tomando una rápida de-*

terminación.) Entra en el cuarto y espérame.

DOLORÉS

—Ande vas?

SANTA

—Ande he de ir! Ahora vá á decir-melo José; por este mismo camino se vá á la gloria y al infierno! (*Empujando á Dolores al cuarto y llamando á José; todo precipitadamente.*)

III.

Santa y José.

SANTA

(*Llamándolo decididamente.*)—José!

JOSE

(*Atendiendo y acercándose á ella despacio.*)—Santa!...

SANTA

—¿Te acuerdas de lo que te dije anoche?

JOSE

—¿Te acuerdas de lo que te dije yo?

SANTA

—¡Ojalá y no me acordara!

JOSE

—Pues no lo olvides... ¡y olvídamie á mí!

SANTA

—Olvidarte á tí!

JOSE

¡Sí! Es menester que te acuerdes de tus padres y que seas una buena hija, pa que dos pobres viejecicos, que no han hecho más que bien en este mundo, acaben su vida tranquilos en esta casa y en estas tierras, sin que los mate el ham-

bre, ni los consuma la tristeza, ni los atormente el rento.

SANTA

—Por Dios, José, no me digas eso, que páesco una mala hija. Si yo deseo pa mis padres tó lo que tú deseas... si los quiero con toa mi alma!

JOSÉ

—Entonces no lo pienses más: lo primero, tus padres!

SANTA

—Es que yo me pienso que no hace falta el sacrificio, que no hace falta que se pague el rento con mi cuerpo!...

JOSÉ

—No te lo pienses, no hay remedio alguno; de tal manera estamos acorralaos por la desgracia, que, por ande quiera que echemos, caeremos en ella. Han llovío tantas penas encima de nosotros, que hay riá de penas. Una riá de esas que con ná se atajan, y que, si no

por un lao por otro, se abren camino, arrasando sin compasión, sembrando la muerte, anegándolo tó en el podre de sus aguas!

SANTA

—Pero hay otros caminos, José: pelearemos con tó lo que se presente, en tal de que mis padres no pasen falta; le haremos cara á tó lo que venga; pelearemos como pelean las fieras que se vén acorralás. Pelearemos hasta caer del tó, pero pelearemos; que no es bajando la frente y aguantando sin rechistar, la carga, como el hombre se indulta; pa algo lleva su arrojo y su coraje dentro del pecho! ¿Sabes tú de algún mozo de la huerta que dege que lo mateu sin defenderse?

JOSE

(Herido por la alusión, pero conteniéndose.)—Santa!

SANTA

— ¡Pues hay que morir peleando! Mi-

ra: ¡tú, menos casarme con el Mayorajo, haciendo mi desgracia y la tuya!

JOSÉ

—¿Mi desgracia?

SANTA

(*Tratando de arrancarle su secreto.*)

—Sí, la tuya! porque tú me quieres... verda? (*Halagadora, acercándose a él, poniéndole la mano sobre el hombro.*)

JOSÉ

(*Trémulo, conteniendo su emoción difícilmente.*)—Como el mejor hermano.

SANTA

(*Sombriamente, con terrible desesperación.*)—Ná más!

JOSÉ

(*Tratando de calmarla.*)—Por Dios, Santa!

SANTA

(*Exaltada, con penosa impaciencia,*

con energía.)—Dímelo!... pero dímelo claro!... sin arrodeos!... que sean tus palabras tu sentir!

JOSÉ

(*Rehuyendo contestarle categóricamente.*)—Pero si ya te lo he dicho.

SANTA

(*Franca y apasionadamente.*)—No, así no; de otra manera, pa que me des la vida ó pa que me la quites. ¿Me quieres?

JOSE

(*Mintiendo con doloroso esfuerzo y apartándola dulcemente de su lado.*)

—Así, no!

SANTA

—No me quiere! (*Con honda amargura, rompiendo en convulsivo llanto; Dolores sale y, recibéndola en sus brazos, hace que entre al cuarto, donde la*

deja, saliendo ella en seguida; José sube á la cámara.)

IV.

Dolores, el tío Antón y la tía Josefa.

DOLORES

(Al tío Antón y á la tía Josefa, que entran en la casa.)—¡Ay, Dios mío! ya están ustés aquí y yo tan tranquila! Puro vinagre voy á encontrarme la masa! Vaya, hasta luégo.

LA TIA JOSEFA

(A Dolores, dejando sobre el tinajero un manojo de acergas que traía.)—¿Y Santa?

DOLORES

—En el cuarto. Se ha recostao un poquico, porque se le iba la cabeza. Me marchó á escape. *(Saliendo de la casa.)*

EL TÍO ANTÓN

—Anda con Dios. *(Se sienta cabizbajo y pensativo. La tía Josefa entra al cuarto.)*

V.

El tío Antón, José y la tía Josefa.

(José baja de la cámara con unas cuantas seras al hombro.)

EL TÍO ANTÓN

(A José.)—¿Es que vas á apañarlas?

JOSE

—Sí, señor.

EL TÍO ANTÓN

—¿Hay muchas descosfas?

JOSE

—Casi toas.

EL TÍO ANTÓN

—Déjalas y ven pa acá.

JOSÉ

(Deja las seras en el suelo y se acerca al tío Antón con humildad y respeto.)

—Mande usted. *(Pausa.)*

EL TÍO ANTÓN

(Con paternal cariño.)—Vamos á ver, José: quiero que me respondas con toa franqueza y sin cuidao de ninguna clase, á lo que te voy á preguntar.

JOSÉ

—Diga usted. *(La tía Josefa sale del cuarto y se aproxima, quedando de pie á la derecha del tío Antón; José á la izquierda.)*

EL TÍO ANTÓN

(A José, mirándolo fijamente.)—¿Hay algo entre Santa y tú?

JOSE

(Como quien no comprende.)—Entre Santa y yo...

EL TÍO ANTÓN

—Sí; si estais en relaciones; vamos, si sois novios, si los quereis.

JOSÉ

(Con poca energía y moviendo la cabeza lenta y negativamente.)—No, señor. *(Se vé en su rostro la lucha interior entre su agradecimiento que le manda mentir y su manera de ser franca y noble, que repugna la mentira.)*

EL TÍO ANTÓN

—La tía Josefa y yo hubiéramos jurao que sí.

JOSÉ

(Con más resolución.)—No, señor.

LA TIA JOSEFA

(También muy cariñosa.)—Las ma-

nos hubiera yo puesto en la lumbre, hijo mío.

JOSÉ

—No hay ná de eso; no, señora.

EL TÍO ANTÓN

(*A José.*)—¿Y qué me dices, entonces, de ese rún rún que corre por la huerta?

JOSÉ

(*Con algún enojo.*)—Que son hablaurías y na más que hablaurías de esa envidiosa de María Jesús.

EL TÍO ANTÓN

—Tén en cuenta que nuestro mayor gusto hubiera sío verte casao con Santa.

JOSÉ

—Pues no, señor; no hay ná.

LA TÍA JOSEFA

—Vamos á ver, José: y si no hay ná ¿por qué está ella mala? por qué llora á

escondías? Mira, no te engañes: si los quereis, dilo con franqueza y no te dé cortedá por ninguna cosa.

EL TÍO ANTÓN

—Qué te apura? ¿que se puede incomodar el Mayorajo? Pues que se incomode! ¿Que nos echa de las tierras? Pues que nos eche! (*José no habla; pero mueve la cabeza protestando.*)

LA TÍA JOSEFA

—Si es por eso, no te dé cuidao ninguno decirlo; tendremos pacencia; será lo que Dios quiera.

JOSÉ

—Pero si no hay ná ¿qué les voy á decir á ustés?

EL TÍO ANTÓN

(*Con grave benevolencia.*)—Mira, que serías un desagradecío si pagaras nuestra buena voluntá con un desprecio.

JOSÉ

—Desagradecío!... Desagradecío yo?!

EL TÍO ANTÓN

—Ya comprenderás lo que te quiero decir.

LA TÍA JOSEFA

—Nuestra intención... ya ves; te tenemos como un hijo y quisiéramos que lo fueras másavía.

JOSE

(*Agobiado por tanta bondad.*)—Si ustedes no se pueden imaginar cuánto lo agradezco... pero ya lo saben ustedes: entre Santa y yo, no hay ná.

EL TÍO ANTÓN

—Si tú lo dices...

LA TÍA JOSEFA

(*Sin convencerse.*) ¿Pero, por qué llora ella? ¿por qué está mala desde que el Mayorajo le ha pedío compromiso?

JOSE

—Será de tristeza, por tener que se-

pararse de ustedes tan pronto. Como ese quiere casarse en seguida...

EL TÍO ANTÓN

(*Con noble confianza.*)—Puede ser.

LA TÍA JOSEFA

—Y entonces... aquellas cosas de zagales?...

JOSE

—Eso: cosas de zagales, ya pasás y olvidás.

EL TÍO ANTÓN

—Oye, José: ¡y no te daría rabia ver á Santa casá con el Mayorajo?

JOSE

(*Sin poder contenerse.*)—Sí! Sí, señor!

LA TÍA JOSEFA

(*Como entendiendo que se contradice.*)
—Entonces...

JOSE

(Quiriendo enmendar su espontaneidad.)—Digo que sí... porque más que á la persona, veo en él al rento... pero por otro lao...

EL TIO ANTÓN

—Qué?

JOSÉ

(Pausadamente.)—Que mirando más despacio la cosa, no me páece mal ese casamiento; y, si fuera por mí...

LA TÍA JOSEFA

(Impaciente.)—Dí lo que sea.

JOSÉ

—Que antes se haría ahora, que luégo.

EL TÍO ANTÓN

—¿Por qué?

JOSÉ

—Porque ustés están ya muy casca-

raos... y su vejés se aseguraba de este modo.

LA TIA JOSEFA

—¡Vamos, hijo, quieres callar?

EL TIO ANTÓN

—Por convenencia? ni siquiera pensarlo!

LA TIA JOSEFA

—Nosotros, con un piazó de pan y un rincón junto á la lumbre, tenemos bastante. ¡Pa lo que hemos de vivir!

JOSÉ

(Con triste convicción.)—Un piazó de pan... cuando lo haya! Un rincón junto á la lumbre... cuando haya rincón y haya lumbre!...

EL TIO ANTÓN

—Pues pase lo que pase, por miras de interés no ha de hacerse esa boda.

LA TÍA JOSEFA

—Por miras de interés, nunca!

JOSÉ

—Se hará por gusto de Santa.

EL TÍO ANTÓN

—Por gusto de Santa?... me páce
que no tiene mucho.

LA TÍA JOSEFA

—Ni mucho... ni poco.

JOSÉ

—Puede que se engañen ustés. Lo
que es que ella no es de esas mozas
arreatás que están deseando que les di-
gan algo, pa decir en seguía que sí.

EL TÍO ANTÓN

—Aseguraría que las señales no son
de querer ella al Mayorajo.

LA TÍA JOSEFA

—Y yo también.

JOSÉ

—Tampoco son de que lo desprecie.

VI.

El tío Antón, la tía Josefa, Santa y José.

EL TÍO ANTÓN

(Indicando á Santa que sale del cuar-
to.)—Mira, pronto vamos á saberlo.

LA TÍA JOSEFA

(A Santa.)—¿Por qué te levantas?

SANTA

(Con abatimiento.)—Porque echá me
vuelvo loca.

EL TÍO ANTÓN

—Entonces no te echas; puede que
levantá te se espavorice la cabeza, (Pau-
sa.) Y ya que estamos tós juntos y sin
ningún extraño, hablaremos sin arrodos

ni retintines. Cuando has salido, estábamos hablando tocante á lo de haberte pedido relaciones el Mayorajo.

JOSÉ

(*A Santa con honda amargura y algo de precipitación, sin mirarla francamente.*)—Y yo decía que es muy buena proporción, porque saldrían tus padres de apuros, se aseguraría su vejez y, con tal casamiento, harías tú la felicidad de tós.

SANTA

(*Sin alientos, muerta de dolor, sin atreverse á protestar.*)—Sí...

EL TÍO ANTÓN

—Pero no; por nosotros, no. Tu gusto y na más que tu gusto. (*A Santa.*)

LA TIA JOSEFA

—Eso, hija mía, tu gusto.

JOSÉ

—Claro está que sí! ¿Pero qué más gusto que hacer á ustés felices?

SANTA

(*Queriendo recobrarle.*)—Quiero decir... que sí... que tó eso es cierto... pero la verdá es...

LA TIA JOSEFA

(*Cuidadosa.*)—¿Qué, hija, qué?

EL TÍO ANTÓN

(*Animándola.*)—Dí lo que sea, sin temor alguno.

SANTA

—Pues que tavía no lo he pensado del tó... que estoy tan á gusto así con ustés... (*Mira á José con expresión cariñosa y suplicante, llena de ansiedad.*)

LA TIA JOSEFA

—Es que por eso no te has de apurar.

EL TIO ANTÓN

—Cá! ná de apurarte! Haces lo que te páesca mejor, y ná más, que pa tu daño ó tu provecho ha de ser. Por nosotros no, hija mía. Si no es tu sentir, no te cases con el Mayorajo, que dos viejos como nosotros, no merecen el que te sacrifiques tú que comienzas á vivir ahora.

SANTA

(*Desconcertada.*)—¡Pero, Dios mío, si yo no quiero decir eso; si yo por ustés daría mil vidas que mi cuerpo tuviera!

LA TIA JOSEFA

¡Jesús qué tonta! Si eso ya lo sabemos.

EL TIO ANTÓN

—Por sabío, se calla.

JOSÉ

—Lo que no hagas tú por ellos, siendo su hija, quién lo vá á hacer?

EL TIO ANTÓN

—Pero si lo que te queremos decir, es que ahora se trata de tí na más. (*Luégo á José y á la tia Josefa.*) ¿No es eso?

LA TIA JOSEFA

—Eso.

EL TIO ANTÓN

(*A Santa.*)—¿Sabes?

SANTA

(*Maquinalmente.*)—Sí.

EL TIO ANTÓN

—Y sea lo que Dios quiera. Puramente lo que sienta tu corazón.

SANTA

—Sí, señor, sí! (*Con amarga ironía.*)

Lo que sienta mi corazón.

JOSÉ

(*A Santa.*)—Ná como tu corazón

puede guiarte y decirte el camino. (*Santa lo mira con expresión de triste reproche.*)

VII.

El tío Antón, la tía Josefa, Santa, José y Dolores.

DOLORES

(*Entrando muy ligera.*)—Que venía por las maseras de usté, tía Josefa.

LA TIA JOSEFA

—Tómalas. Ahí están en la despensa.

DOLORES

(*A Santa, acercándose con cariñoso interés.*)—Te se ha pasao eso?

SANTA

—No; las sienes se me saltan.

DOLORES

(*Reservadamente.*)—Con la excusa de las maseras, he venío á decirte que el Mayorajo está ahí mesmico.

SANTA

(*Abrumada.*)—¿Ande?

DOLORES

—Ahí: viene pa acá.

SANTA

—Dios mío, qué va á ser de mí?
(*Consternada.*)

DOLORES

—Me voy. Anímate, mujer. Apáñate esa cara y disimula. (*Entra á la despensa. Santa se limpia los ojos. Dolores marchándose con las maseras:*) Me las llevo, tía Josefa.

LA TIA JOSEFA

—Bueno.

VIII.

El tío Antón, José, la tía Josefa, Santa
y Andrés.

ANDRÉS

(Entrando en la casa un tanto ce-
ñudo y algo poseído de su valer.)—Dios
guarde.

EL TÍO ANTON

—Y á tí también. ¿Ande se vá? (Sen-
tado como estaba y volviéndose hacia el
Mayorajo.)

ANDRÉS

—¿Ande hemos de ir? á renegar!
(Coge una silla y se sienta en medio
de la casa. Viene sin manta. Vá com-
puesto como mozo bien acomodado y con
pretensiones de echarse novia. Contrasta
con el humilde atavío de José, el buen tra-

je de lana del Mayorajo, la blanca cami-
sa planchada, los alpargates de lona
nuevos, la reluciente cadena de plata y el
flamante sombrero echado atrás, dejando
ver un tufo peinado sobre la frente y su
cara saludable, un tanto atezada y afei-
tada cuidadosamente.)

EL TÍO ANTON

—¿Cómo á renegar, hombre? (Ha-
ciendo por estar amable.)

ANDRÉS

—Así como se dice.

(Guardan los demás un embarazoso
silencio. El Mayorajo, mirando al suelo,
hace rayas en él con una varita que trae
en la mano, y sigue hablando en esta dis-
posición dejando caer las palabras pesa-
damente. Santa se pone á su labor de
costura, al centro, frente á la puerta del
corral; José á componer las seras, al pie
de la escalera, sirviéndose de una faca
que lleva consigo; durante la tarea, deja
la faca en el suelo sobre el que brilla su
ancha y reluciente hoja afilada. La tía

Josefa aviva la lumbre del hogar y prueba el guiso de la olla con una cuchara, al mismo tiempo que observa al Mayorajo y pone atención á lo que dice, con la malicia peculiar de los huertanos, aun en los más sencillos. Andrés continúa:) En cuanti que salgo á ver si recojo alguna cosa de lo mucho que me deben, ya sé que, en ves de dinero, no he de recoger más que pesáombres.

EL TÍO ANTON

—Tén pacencia, Andrés: los que no te pagan, bastante sentirán no poder cumplir. Mala señal será pa ellos el tener que faltarte.

ANDRÉS

—Demasiá pacencia tengo, tío Anton; *(recalcando la frase)* pero es que ya no hay quien aguante lo que yo aguanto... y no se puede ser bueno porque abusan... y al que se le dá una chispa así de confianza *(señalando un poco del dedo)* se toma en seguía el pié y la

mano... y pasa la trilla... y pasa la cosecha del pimentón... y pasa la naranja... y ná! «Si te he visto, no me acuerdo.» Ni el rento, ni los terrajes... ni siquiera los buenos días, porque tó se les vuelve ir huyendo el bulto y echar por otra senda, pa no tropezar con el que no les pide na más que lo que es muy justo y muy santo que paguen.

EL TÍO ANTON

—Pero haste cargo de que los años son rematadamente malos y que nadie cuenta otra cosa que desgracias y apuros. Las riás y mil calamidades de tós estilos están dejando asolá la huerta, y no sé qué va á ser de tanto pobre, si Dios no pone remedio. *(Con humildad y vergüenza.)*

ANDRÉS

—Tó eso está muy bien; *(luégo, con ironía y mirando á Sanja y José)* pero es que no falta quien se la quiere dar á uno de primo... y yo, si algunos no se enderezan y cumplen como es deblo, me

dejaré de contemplaciones y comenzaré á echar gente de las tierras y á cobrar me los atrasos en tó lo que pille... aunque sea la camisa que lleven! Pa que no me paguen, más cuenta me tiene llevar yo solo el manejo de toas mis tierras!

EL TIO ANTON

(Con altivez no exenta de humildad.)

—Hombre, yo soy uno de los que te deben; pero ya sabes que no te echo en olvido ni que echo tampoco por otra senda pa no tropezarte. No te pago hoy, porque no puedo.

ANDRES

—Ya lo sé, tío Antón... Con usted no vá ná... Pa otros guardo yo mi interés y mi rabia. *(Volviendo á mirar á Santa y José con intención. Pausa. Andrés raya el suelo con su vara y mira fijamente á Santa que no alza los ojos de su labor. José recoge las seras apañadas y sube á la cámara con ellas. La tía Josefa entra y sale en la despensa y en el cuarto, ocupada en las faenas de la casa.)*

EL TIO ANTÓN

(Levantándose.)—Pues, con tu permiso, voy á dar una vuelta por el soto.

ANDRES

—Usted es muy dueño. *(El tío Antón se marcha.)*

VIII.

Santa, Andrés y la tía Josefa.

(Andrés coge su silla y vá á sentarse junto á Santa. La tía Josefa, alejada de ellos, los observa de vez en cuando sin entretenerse de la conversación.)

ANDRES

(Aparte y sordamente á Santa que lo escucha sin alzar los ojos.) Oye, Santa: acabo de convencirme de que te he pedido compromiso pa dar lugar á que me lleven en lenguas y pa que toa la huer-ta se ría de mí. *(Ella lo mira un mo-*

dejaré de contemplaciones y comenzaré á echar gente de las tierras y á cobrar me los atrasos en tó lo que pille... aunque sea la camisa que lleven! Pa que no me paguen, más cuenta me tiene llevar yo solo el manejo de toas mis tierras!

EL TIO ANTON

(Con altivez no exenta de humildad.)

—Hombre, yo soy uno de los que te deben; pero ya sabes que no te echo en olvido ni que echo tampoco por otra senda pa no tropezarte. No te pago hoy, porque no puedo.

ANDRES

—Ya lo sé, tío Antón... Con usted no vá ná... Pa otros guardo yo mi interés y mi rabia. *(Volviendo á mirar á Santa y José con intención. Pausa. Andrés raya el suelo con su vara y mira fijamente á Santa que no alza los ojos de su labor. José recoge las seras apañadas y sube á la cámara con ellas. La tía Josefa entra y sale en la despensa y en el cuarto, ocupada en las faenas de la casa.)*

EL TIO ANTÓN

(Levantándose.)—Pues, con tu permiso, voy á dar una vuelta por el soto.

ANDRES

—Usted es muy dueño. *(El tío Antón se marcha.)*

VIII.

Santa, Andrés y la tía Josefa.

(Andrés coge su silla y vá á sentarse junto á Santa. La tía Josefa, alejada de ellos, los observa de vez en cuando sin entretenerse de la conversación.)

ANDRES

(Aparte y sordamente á Santa que lo escucha sin alzar los ojos.) Oye, Santa: acabo de convencirme de que te he pedido compromiso pa dar lugar á que me lleven en lenguas y pa que toa la huer-ta se ría de mí. *(Ella lo mira un mo-*

mento sin replicarle.) Lo que oyes. Pero esas palabras que me encienden la sangre, y esas risas que me llenan de rabia, se van á acabar en seguida. Y se ván á acabar, porque la rama que no se quiere que crezca... se corta! *(Pausa.)* Dice la gente, que andas entreteniéndome con palabras... pa que yo no le arrepiete á tu padre con el rento... pero que ni me quieres... ni me querrás. Y que no me quieres ni me querrás... porque tu cariño es pa José... y na más que pa José... Yo no sé si lo que dice la gente es verdad ó es mentira; pero voy á saberlo. Y lo voy á saber muy pronto... muy pronto! Si es mentira... pa reirme yo de la gente, lo que ella se ríe de mí... pa reirme de los envidiosos que no me pueden ver. Y si es verdad... pa destrozarle el corazón á quien me destroce el mío!... Y la manera de saber si es verdad lo que dice la gente, ó si es mentira, es una manera muy fácil... muy fácil! Tan fácil, que es una palabra na más y está en tus labios. Y como es tan fácil y está tan cerca, ahora mesmo me dices esa pala-

bra... y lo que sea... que sea! Si me quieres, me dices que sí... nos casamos en un decir «Jesús» y se acaban esas risas que me encangrenan. Si no me quieres... si estás por José... me dices que no... y yo sabré lo que tengo que hacer. Ya vés; tó está en tí. Menos tavía; tó está en una palabrica: en un sí ó en un no. *(En este momento entra la tía Josefa al cuarto y quedan solos Santa y Andrés.)* ¡Ya vés si tó está en poco, siendo tanto! ¡Ya vés si la manera es facilica y ya vés si está cerca! Y disimula que sea tan claro; pero mi estilo no es ni más ni menos, como te dige anoche, que la prueba de que te quiero de verdad; tan de verdad, que la palabrica que vá á salir de tu boca, lo mesmo puede ser la salvación mía... que mi condenación! *(Termina con entonación siniestra. José aparece en la puerta de la cámara silencioso y sombrío, con un paquete de seras al hombro. Santa y Andrés, como están de espaldas, no advierten su presencia; él se detiene un momento en lo alto de la escalera.)* Conque esperándote estoy; lo que ha de

ser... que sea! (*Con desen'ado no exento de pasión. Pausa. Luégo muy dulcemente, pero tenazmente, cruelmente.*) Sí ó no?

SANTA

(*Con angustia.*)—Quisiera que hablaras tú con mi padre. entanientras que hablo yo con mi madre.

ANDRES

—Eso y tó lo que te se antoje; pero antes de ná, he de saber yo tu sentir. ¿No ha dicho tu padre que iba pal soto? (*Levantándose.*)

SANTA

—Sí.—(*Levantándose también y recogiendo la costura.*)

ANDRES

—Pues al soto voy en seguida y hablo con él y nos venimos juntos pa acá; pero lo primerico, ya lo sabes, es que tú me respondas.

SANTA

—Es que por encima de lo que yo te responda, ha de estar lo que mis padres digan.

ANDRES

—De toas maneras, tú me respondes ahora mesmo, sin más arrodéos. ¿Sí ó no? (*Con torbo ceño, con violencia mal contenida.*)

SANTA

—Bueno... (*Con mayor angustia.*) Sí!

ANDRES

(*Desarrugando el entrecejo y tornándose cariñoso.*)—¡Así te quiero! (*José que lo ha oído todo, se apoya desfallecido en el dintel de la puerta de la cámara, oprimiéndose el corazón. Santa, conteniendo una explosión de pena, se encamina al cuarto, dejando la costura sobre el poyo. Andrés la sigue con la vista.*)

IX.

Andrés y José.

(Andrés mira con precaución al cuarto y se acerca cautelosamente á José, que ha dejado en el suelo el paquete de seras, disponiéndose á desatarlo.)

ANDRÉS

—Oye, José, tenemos que hablar.

JOSÉ

—Cuando tú quieras. *(Dejando su tarea y atendiendo á Andrés.)*

ANDRÉS

—Pues ahora mesmo, que á mí me gusta el cielo despejado y sin una nubecica siquiera, ó cerrao por tóicas partes, que atemorice. *(Pausa. Lo aparta á un lado, evitando que los oigan desde el cuarto.)* Vamos á ver: se trata de que

aprevengas á los de esta casa, como si saliera de ti, pa que vean de qué manera se portan conmigo... porque es el caso, que yo le he pedío compromiso á Santa... y que ella acaba de responderme que sí... y que, luégo, no me conformaría yo con que quisiera volverse á atrás. Y te digo esto... porque páece que dicen por tó el partío, que si Santa daba tantas vueltas pa responderme, no era ni más ni menos que porque estaba por otro... Y aunque la cosa ya varía mucho, desde el punto y hora que ella me ha dicho que sí... cá ves que pienso en esas murmuraciones, me páece que todavía puede chasquearme Santa... y se me enciende la sangre y me dá tanta rabia, que no quisiera ná más... ¡ná más que saber quién es el hombre que me quiere quitar la novia! *(Terminando la frase con sombría intención.)* Y quisiera saberlo... pa no repudirme mi sentir... pa pillarlo así al que fuera y decirle: *(habiendo cogido á José por la camisa ó chaleco y sacudiéndolo, si no descaradamente, con mal disimulado encono.)* Santa es

pa mí!... pa mí ná más!... Y al que ponga los ojos en ella, le pondré yo mi faca en el corazón... pero hincá hasta el puño!... Al que me quiera quitar á Santa, que es mi vida, le quitaré yo la suya. *(Acabando con fereza.)* Eso le diría. Y si el tal tenía vergüenza y era hombre, defendería su querer sin esconder la cara... *(Movimiento de José que, con la frente abatida, parece querer esconder el rostro en el pecho.)* Sin esconder la cara, sí! Defendería su querer hasta perder el último aliento... ¡hasta arrancarme las entrañas ó que yo me comiera las suyas! *(Pausa.)* De modo y manera que ya estás enterao; toma la cosa como cosa tuya... *(marcando la frase con intención)* porque si Santa se volviera á atrás y la gente se riera de mí... ¡te lo juro por la crisma que me echaron:

JOSÉ

(Conteniendo su furor con dificultad.)

—¿Qué?!

ANDRES

(Siniestramente.)—Que al mozo que fuera su querer tenía que hacerlo trizas... que el tío Antón y la tía Josefa habían de salir pa siempre de la hacienda, sin llevarse na más que lo puesto... y que á Santa...

JOSÉ

(Sin dejarlo seguir, estallando y cogiendo por un brazo á Andrés, de manera terrible y amenazadora.) ¡A Santa?! á Santa? No la mientes de ese modo... ¡porque puedes quearte mudo pa siempre! *(Sordamente y con ira.)* No la mientes! ni á sus padres! ni á mí tampoco ya... se acabó! ¡Tó tiene su punto de remate!

ANDRES

(Desasiéndose y poniéndose en guardia.)—¡Gracias á Dios que resucitas!

JOSÉ

—Escucha... *(más sordamente y mi-*

rando al cuarto, con recelo) escucha y no echas en olvido lo que te voy á decir: (*Andrés sonríe impaciente, con mala intención*) ese hombre que mientan por tó el partío, ese hombre que quiere á Santa como tú, más que tú! mil veces más que tú!... ese hombre soy yo! yo! (*Con valentía.*)

ANDRES

—Con que era verdá?! (*Amenazador, acercándose á José.*)

JOSÉ

Con calma y entonación amarguísima, indicando á Andrés el cuarto con un gesto y recomendándole silencio y prudencia.)—Tén pacencia, que el que consiente que le quites el alma, no te vá á negar la ocasión de que le quites la vida. Tén pacencia y déjame acabar.

ANDRES

(*Conteniéndose apenas.*)—Acaba de una ves!

JOSE

—Porque tengo que mirar antes que tó, el bien de los que tanto miraron el mío; porque tengo que pagarles, cueste lo que cueste, aquel último consuelo que endulzó la agonía desesperá de mi pobre padre, paso porque te llesves á Santa, aguanto que me insultes ¡y entierro mi querer en lo más hondo del pecho! Seré un esclavo pa tí, una bestia de carga... lo que tú quieras, en tal de que hagas la felicidad del tío Antón y de la tía Josefa... en tal de que te mires en Santa, como si fuera tu propia persona... pero ¡ay de tí! si la mientas pa mall... ¡ay de tí, si haces que se mojen sus ojos!... ¡ay de tí, si por tu culpa, se abriera su boca pa quejarse!

ANDRES

(*Con sonrisa despreciativa.*)—Vamos, hombre, eso ya es otra cosa! tu voluntad va á hacerse; no dirás que no! Me miraré en ella como si fuera mi propia persona! (*Después con ironía.*) Puesto

que tú, tan generosamente, quieres que Santa sea pa mí, será pa mí. Y haya pas! (*Marchándose.*)

JOSÉ

(*Con desesperada conformidad.*)—Haya pas!... pa ti la del sosiego!... pa mí... ¡puede que la del camosanto! (*A las últimas frases, ya está el Mayorajo fuera.*)

X.

José, Santa y la tía Josefa.

(*José, al parecer, distrae lo en su trabajo de coser las seras; Santa y la tía Josefa salen del cuarto: la primera disimula algo su gran abatimiento; la segunda la tranquiliza y sale de la casa.*)

SANTA

(*Ya á solas con José, sentándose en el poyo y llorando amargamente.*)—¡Virgen Santísima, madre de los desamparados, qué desgracia soy!

JOSÉ

(*Contiene su emoción con dificultad; al fin, no pudiendo dominarse, se levanta y se aproxima á Santa.*)—Santa!...

SANTA

(*Con pesaroso despecho.*)—¡Quita, mal corazón!

JOSÉ

—Dios mio!... ¡Por qué me dices eso, si no es verdad?

SANTA

(*En tono de triste reconvencción.*)

—Poniéndome, sin caridá, en la boca del lobo!... arrempujándome sin compasión... (*Solloza.*) Ya has hecho tu logro; y le he dicho al Mayorajo que sí; ya me tienes trabá como una res que espera la muerte! (*Desesperadamente.*)

JOSÉ

—Tén conocimiento, Santa!

SANTA

—Conocimiento!... Sácame el corazón y puede que tenga conocimiento.

JOSE FLAMMAM
VERITATIS

—Vamos, mujer!

SANTA

(*Con vehemencia.*)—Sí, esjárrame el pecho y arráncame este corazón que me estorba! Decías que él me guiaría... ¡ya ves qué bien lo hace! ¡A la vés me lleva arrastrá pa dos caminos contrarios... y no sé por ande echar, ¡ni qué vá á ser de mi cuerpo... ni qué vá á ser de mi alma! (*Acabando de manera sombría*)

JOSE

—Será, según te portes.

SANTA

Pues no dirás que no he hecho tó lo que querías... ¡no me pasa á mí lo mismo contigo!

JOSE

—¿Y de qué te has de quejar de mí?

SANTA

—De que me engañas, privándome del único consuelo que me quea.

JOSE

—Pero, Santa ¿qué quieres que haga yo?

SANTA

(*Con excitación febril que se aumenta por instantes.*)—Que seas franco conmigo; que me digas, claramente, que te empeñas en que me case con el Mayorajo, por el bien de mis padres... que me digas que padeces como yo padesco; que me digas que me engañabas antes al decirme que no me querías... ¡que me digas que me quieres como yo te quiero!... Si aunque me lo confieses, no he de volverme á atrás. Quiero saberlo pa tener la resignación y las fuerzas que me faltan; pa retorcerme el corazón co-

mo tú te retorcerás el tuyo, y pa conformarme al sacrificio como tú te conformarás, pues yo, como hija, tengo más obligación que tú de sacrificarme por mis padres. Quiero saberlo, pa apreciar tó lo que vales y agradecerte, siquiera, tu intención, que no puede ser más santa.

JOSE

—Yo no hago ná pa que me lo agradezcan. *(Desconfiado.)*

SANTA

(Mortificada por la duda.)—Mira, José: no me hagas pensar de otra manera, que ande nacen los pensamientos buenos, nacen también los pensamientos malos... y, si tardas en decirme que me quieres, voy á recelarame que eres mi verdugo.. ¡que esperas que te pague el Mayorajo tó lo que pa él trabajas! *(Frenética, llorosa, mirándolo con extravío.)*

JOSE

(Con el mayor asombro y desespera-

ción, oprimiéndose violentamente la cabeza entre las manos.)—Santa! qué dices? ¡Ni lo pienses siquiera, que me vuelvo loco! *(Luego, en súbita transición, desbordándose en sentimiento.)*

Te quiero, sí! te quiero con toa el alma!

SANTA

(Con inmensa alegría.)—¡Ah, Dios te lo pague!

JOSE

(Con soberana y dolorosa calma, pasando del acento altísimo á la entonación natural y sencilla, pero de tristes y amargos dejos.) Sí!... pero como si no!... ¡Tus padres antes que ná... acuérdate de ellos!

(Termina sorda y tenazmente, Santa queda como petrificada; las últimas frases de José, hielan en su pecho todo un desbordamiento de gozo; José recoge las seras y se dirige á la cámara y, en esto, aparece á la puerta de la casa Andrés, seguido del tío Antón y de la tía Josefa.)

XII.

Santa, José, Andrés, el tío Antón y
la tía Josefa.

ANDRES

(*Entrando ufano y satisfecho.*)—Santa, tus padres dicen que tu voluntá.

SANTA

(*Con honda amargura.*)—Mi voluntá!
(*José, desde la escalera, mira triste y sombrío el grupo del Mayorajo y Santa; lo mismo hacen formando otro grupo al fondo el tío Antón y la tía Josefa.*)

ANDRES

(*Aproximándose mucho á Santa y mirándola enamorado.*)—Sí, tu gusto.

SANTA

—Mi gusto!

ANDRES

—Conque tu palabra es mía! (*En tono afirmativo; dándolo por hecho.*)

SANTA

—Tuya! (*Afirmativamente, con desmayo y angustia que apenas puede dominar.*)

ANDRES

(*A Santa, mirando á José con aire de triunfo.*) ¡Has de ser la reina de la huerta!



Parte tercera.

SANTA.

En la casa del tío Antón.

I.

Moza 1.^a y Moza 2.^a

(Han transcurrido de dos á tres semanas. En la casa del tío Antón se cuela hasta debajo del arco, el sol radiante de una mañana del otoño primaveral de Levante, y una nota de alegría indiscreta, turbadora, que quizás trae la viva luz, cabrillea sobre el cobre, sobre el vidriado de las lejas, sobre las rezumantes jarras y cantaricas del jarrero...

Acaso las dos mozas que charlan de pié debajo del arco, han tratado también á

la casa del tío Antón aquella nota de alegría indiscreta y turbadora, con su charla ligera y con sus vistosos trages de día de fiesta, compuestos de falda café ó naranja, recargada de volantes con vivos de raso, armilla con bocamangas de encaje, pañuelo de crespón al cuello y mantellina doblada al brazo.

Quizás la tía Josefa, quizás la propia Santa, de su natural femenino cuidadosas de ciertos detalles, aun en instantes dolorosos ó tristes, pusieron un toque de irreflexiva alegría al asolear y azulear los blanquísimos cubretapadores de las tinajas bruñidas con encendido bermellón y aceite; al blanquear con ceniza en agua hirviendo la madera de las mesas, de la espetera ó del cantarero; al fregar las jarras y cantaricas, con estropajo y arena del río; al secar el cobre dejándolo á fuerza de puño más reluciente que el propio sol...)

MOZA I.^a

— ¡Vamos, que esto es decir y hacer!

MOZA 2.^a

—Vaya que sí! Se empeñó el novio en que tó tenía que hacerse á la carrera, y lo ha conseguido.

MOZA 1.^a

—Como tiene cuartos, tó se lo encuentra hecho.

MOZA 2.^a

—Así ná más, hija mía. ¡Quien puede, arrastra! A los tres días de decirle que sí la novia, se fueron á Murcia por las ropas y por los trastos, como sabes; seguidamente, dieron los pasos pa que el casamiento fuera con breve... y ya ves: tó ha salío derecho y á su gusto.

MOZA 1.^a

—Claro! Tó se ha hecho solo, como quien dice.

MOZA 2.^a

—Como por encanto! En un periquete han puesto la casa del Mayorajo más

blanca que una paloma y tóica pará de arriba á abajo que priva el verla! ¡Hay pa la novia dos arcas llenas de vestíos y ropas buenas, que valen un dineral; y le ha regalao á más el novio, de anillos, arracás y collares, que hay pa llenar un medio! Náica falta ya, más que ir á la iglesia y que les echen las cruces.

MOZA 1.^a

—De modo y manera que, dentro de una hora, Santa será tóica una seña Mayoraja?

MOZA 2.^a

—Así como suena.—*(Adelantan unos pasos y siguen hablando cerca de la puerta del corral.)*

II.

Moza 1.^a, Moza 2.^a, Antonia y María Jesús.

(Antonia entra en la casa con María Jesús. Visten ambas como las otras dos)

mozas, aunque en distintos colores, y traen también las mantellinas dobladas al brazo.)

ANTONIA

(Confidencialmente.)—Mira como te engañabas de medio á medio, María Jesús. Santa y José se han querido y se quieren; pero ná más que como hermanos... como es muy natural y corriente que se quieran, habiéndose eriao juntos desde pequeñicos.

M. JESÚS

(Con insidia y también reservadamente.)—Pues yo te digo que no, y no hay quien me saque de mi atasquera. Que el Mayorajo se quiere tragar la bola? que se la trague; peor pa él! (Con despecho.) ¡Bien mereció se lo tiene por fantesioso y chapucero! (Se reúnen con las otras mozas en medio de la casa.)

ANTONIA

(A las Mozas 1.^a y 2.^a)—¡Holal! ¿Ya estais aquí?

MOZA 1.^a

—Ya! (En tono alegre.)

M. JESÚS

(A las mismas, socarronamente.)—No se los hará tarde.

MOZA 2.^a

—En siendo pa divertirse, no hay que retardarse, que de estas ocasiones y de estos casamientos de gente bien acomodá, no hay tós los días.

M. JESÚS

(En voz baja y con mala intención.)

—Lo de gente bien acomodá lo dirás por el Mayorajo, porque lo que es por Santa...

MOZA 1.^a

—Eso ya se sabe.

ANTONIA

—Pero si no es rica, es hermosa, buena, honrá, mañosa pa hacerlo tól...

M. JESÚS

(*Con envidia.*)—No será ninguna cosa del otro jueves, mujer, que la que más y la que menos, podrá ponerse ante ella se ponga.

ANTONIA

—O no podrá ponerse.

M. JESÚS

—¡Ni que la hubiás pariol (*Dándole rabia.*)

III.

Moza 1.^a, Moza 2.^a, Antonia, María Jesús,
Mozo 2.^o y Mozo 3.^o

(*Mozo 2.^o y Mozo 3.^o penetran alegremente en la casa. Del Mozo 2.^o resalta la faja de seda color de rosa y la manta encarnada, de rico borlaje, terciada al hombro. Del Mozo 3.^o contrasta y sobresale la faja verde de seda, y la capa de*

pañó pardo, de alto cuello y ancha esclavina.)

MOZA 2.^a

(*Con buen humor.*)—¿Sabéis lo cierto y verdaero?

M. JESÚS

—Qué?

MOZA 2.^a

—Pues lo que importa: qué de música y baile... y de comer de tó lo bueno que Dios ha criado, vamos á tener hasta dejarlo de sobra... y vamos á gozar si hay qué.

MOZO 2.^o

—O á rabiar.

MOZO 3.^o

—Eso!

MOZA 1.^a

—¿Por qué?

MOZO 2.º

—Porque... (*con intención y mirando de reojo á María Jesús*) la que no tenga novio... ni esperanzas, rabiará de envidia.

ANTONIA

—Hijo, yo no rabiaré.

MOZA 2.ª

—Ni yo.

MOZA 1.ª

—Ni yo.

(*Pausa en que se nota la violencia de María Jesús.*)

M. JESÚS

—Pues yo... (*con despecho y soberbia*) tampoco rabiaré ¿lo sabes tú? (*á Mozo 2.º*) No tengo novio, porque no me dá la gana, ni falta que me hace.

MOZO 2.º

—No lo decía por tí. (*Con sorna.*)

MOZO 3.º

(*Socarronamente.*)—Claro que no.

M. JESÚS

(*Riendo de mala gana.*)—Lo dirías por el señor obispo. (*Las otras tres mozas y los mozos se burlan y se ríen de María Jesús, con poco disimulo.*)

IV.

Moza 1.ª, Moza 2.ª, Antonia, María Jesús, Mozo 2.º, Mozo 3.º y la tía Josefa.

LA TÍA JOSEFA

(*Saliendo del cuarto.*)—Válgame! pero sentarse! ¿Pa qué estáis de pié plantón? (*Con solicitud á todos, pero con aire de tristeza.*)

ANTONIA

— Es lo mesmo, tía Josefa.

MOZO 2.º

—Nosotros, sí que nos sentaremos; pero será allá fuera debajo de la parra, ande vá á entrecarse el baile de María Santísima.

MOZO 3.º

—Tú lo has dicho.

MOZO 2.º

(*A las mozas.*)—Venirse pa acá, zagalas. (*Ambos mozos en actitud de salir.*)

MOZA 2.ª

—Andaverse, que ya salimos.

MOZA 1.ª

—Mozas que bailen no faltarán allá fuera.

MOZA 2.ª

—Nosotras vamos á ver cómo se compone Santa.

ANTONIA

—Y á ayudarle.

LA TIA JOSEFA

(*A las mozas.*)—Pasar, adentro está en el cuarto con Doloricas.

ANTONIA

(*Alegremente, entrando en el cuarto con precipitación, á la vez que las Mozas 1.ª y 2.ª, y empujando á Maria Jesús.*) Y veremos los regalos.

M. JESÚS

(*Con despego y mal humor, repeliendo á Antonia y entrando la última.*) ¡Jesús! ¡qué cansás! (*Pausa. El Mozo 2.º desde la puerta del fondo y antes de salir, indica á Mozo 3.º, llevándose la mano cerrada á la boca, que Maria Jesús vá con un palmo de morro. Se marchan riendo.*)

V.

La tía Josefa y un Huertano viejo.

(*Este viejo huertano usa el traje típico, clásico, del país: zaragüelles, faja*

azul, chaleco rameado con gruesos broches de plata, calcetas y alpargates de cara estrecha, montera con pañuelo á la cabeza, mania verde y cayado blanco.)

H. VIEJO

(Volviendo la cabeza, como replicando á algo que le han dicho fuera, al entrar.) — ¿Es que los mozos na más vais á venir á estas fiestas? ¡Pues los viejos también! Y con ninguno de vosotros cambio de fuerzas y de buen humor, ni he de retardarme, si se presenta la ocasión de dar prueba de ello; que lo sepais! *(Luëgo, avanzando y mirando en derredor.)* A la par de Dios, Josefa. ¿Y Antón?... Y José?... Ande andan?

LA TIA JOSEFA

— José... se fué pal Soto, antes de ser de día...avía bien oscuro... y Antón... ha ido á decirle que se suba pa la casa y que hoy no trabaje... porque él, si lo dejan á su voluntad, de fijo que se mata como tós los días.

H. VIEJO

— Eso, de seguro; tiene más sangre que un toro!

LA TIA JOSEFA

— Y no es que estemos locos de alegría, que al fin y al remate, una hija que se casa, así se case con el mismo rey, no es, ni más ni menos, que una hija que pasa á poder de un extraño que, por bueno que sea, siempre es un extraño.

H. VIEJO

— Tienes razón; por mucho que la quiera y que la mire su marío... como sus padres, ¡naíde! Pero es mundo.

VI.

La tia Josefa, Huertano viejo y Dolores.

(Dolores sale del cuarto, muy maja, con traje negro y sin mantellina; su as-

pecto no es alegre, sino jovial, con algo de tristeza y preocupación que procura disimular para animar á los otros. La tía Josefa entra y sale á la despensa y alcanza fuentes y prepara vasos y jarros y tazas y platos para el convite de la boda.)

DOLORES

—Me pensaba que ya había venío José.

LA TÍA JOSEFA

—Tavía no.

H. VIEJO

(*A Dolores.*)—Hola, señá comadre!

DOLORES

—¡Qué quiere usted! Se ha empeñado Santa; y en empeñándose ella... ¿qué he de hacer yo?

H. VIEJO

Y el compadre... (*con picaresca y cariñosa intención; ella baja la cabeza ru-*

borosamente) ¿quién pregunta? Aquel que te hacía la ronza, que ya es tu novio, verdá?

DOLORES

—Sí, señor.

H. VIEJO

—Bueno, mujer. ¿Y ande está esa novia?

DOLORES

—Adentro en el cuarto, componiéndose.

H. VIEJO

—Y el novio? Y el compadre?

DOLORES

—Aún no han venío. Como están allá en el otro lao, tardarán un ratico.

H. VIEJO

—Pues afuera ya hay bastante gente.

DOLORES

—Y la que vendrá! tós los mozos y toas las mozas del partío!

H. VIEJO

—Y tú, ¿cuándo te casas?

DOLORES

—¡Yo! ¡Tavía colea! (*Moviendo la mano, como si agitara una castañuela.*)

VII.

La tía Josefa, Huertano viejo, Dolores, el tío Antón y José.

(*El tío Antón y José llegan de la huerta. Este último trae á las espaldas una sera y dentro de ella limones y un manojo de hierba.*)

H. VIEJO

(*Por José y el tío Antón.*)—¡Vaya! ya están aquí! (*Después á José.*) Pero hom-

bre! ¿A quién se le ocurre irse á trabajar hoy, casándose Santa?

EL TÍO ANTÓN

—Eso mesmo le he dicho yo. (*Queda pensativo y triste.*)

LA TIA JOSEFA

(*En sentido de dulce reconvección.*)

—No sé en qué piensa este zagal!

(*Dolores mira á José con profunda conmiseración, como diciendo: «Yo sé qué le pasa.»*)

JOSÉ

—¿Y qué querían ustés que hiciera yo? ¿Que me pusiera majo? ¿Que me plantara en el corro á bailar el primero y que me quitara el último? Y, entantimientras, rabiando de hambre esos animalicos (*indicando el corral y sacando la hierba*) y pudriéndose en el suelo los limones que ha tirao la ventolera. (*Los deja ver, inclinando la sera.*) Lo que no puede ser, no puede ser. La tierra se está pasando y, en concencia, he debío

quedarme en el soto y sembrar lo que tiene que sembrarse... ¡No hay más remedio que trabajar y siempre trabajar! *(Entra al corral con el manajo de hierba, dejando al pie de la escalera la sera con los limones.)*

DOLORES

—A tó el que trabaja debe tocarle su ratico de descanso y alegría.

EL TIO ANTON

—Debe tocarle. *(Marcando la frase sentenciosamente.)*

H. VIEJO

—Claro!

VIII.

La tía Josefa, Huertano viejo, Dolores, el tío Antón y Antonia.

ANTONIA

(Saliendo del cuarto con exagerados

aspavientos.)—¡Jesús y qué gavilla de salseras! Tó lo están revolviendo y van á volver loca á Santa con tanto decirle y tanto preguntarle. ¡Qué poco miramiento y qué mareantas!

DOLORES

—¡Ahora verás qué pronto las espanto yo! *(Dirigiéndose resueltamente al cuarto.)* ¡Que se vayan al parral y se mareen ellas bailando lo mismo que zompos! ¡No faltaba más!

IX.

La tía Josefa, Huertano viejo, el tío Antón y Antonia.

H. VIEJO

—¡Buena genticica! *(Refiriéndose á las mozas que están en el cuarto. Después, acercándose al tío Antón que ha quedado pensativo.)* Vamos á la puerta á tomar el sol. *(El tío Antón se dispone á seguirlo.)*

ANTONIA

(Al tío Antón, cariñosamente.)—¿Es que está usted malo?

EL TÍO ANTÓN

(Triste y cariñoso.)—No, hija.

ANTONIA

—Como anda usted tan apabilao. No tenga usted pena. (Alegremente.) ¿Que se casa Santa? ¿Y qué? ¿Cuántos padres no quisieran pa sus hijas un acomodo como éste? Reventaban de gusto!

H. VIEJO

—Y que ahora ya ves: (á Antonia) fuera penas! (Frotando el pulgar y el índice, indicando dinero.)

EL TÍO ANTÓN

(A H. viejo.)—Cuando no se tiene regomello... sí; pero habiendo vergüenza... desengáñate: lo que no aguantas de una manera, lo aguantarás de otra.

ANTONIA

(A la tía Josefa que, sentada en la punta del poyo, llora en silencio.)—Pero, tía Josefa, está usted llorando?

H. VIEJO

(A la tía Josefa también.)—Mujer!... válgame Dios! no páece, sinó, por lo que se vé, que, más que una boda, va á hacerse en esta casa algún entierro.

EL TÍO ANTÓN

—Tén por entendío que, si no es pa bién, peor que si fuera un entierro, será mil veces.

ANTONIA

—Pero no llóre usted más. (Otra vez á la tía Josefa.)

EL TÍO ANTÓN

—Déjala que desahogue su corazón, que el llorar no es malo; las malas son las penas.

ANTONIA

—Pero, vamos á ver: por qué ha de llorar? ¿qué motivos tiene?

EL TÍO ANIÓN

—Puede que ninguno; pero las madres, pa eso son madres; pa llorar y pa decer siempre. No digo si no tienen la seguridá del bién de un hijo... aunque la tengan; en siendo apartarse de él, mas que sepan que va á la gloria!

(El tío Antón y Huertano viejo se marchan; los sigue la tía Josefa, que se seca los ojos con el cabo del delantal, animada por Antonia que la encamina hacia la puerta.)

X.

Antonia, María Jesús, Moza 1.^a y Moza 2.^a.

(Las tres últimas salen del cuarto. Fuera suenan postizas y guitarra, y cantan á media voz parrandas de la huerta.)

MOZA 1.^a

(Muy contenta.) — Ya están bailando.

MOZA 2.^a

(Lo mismo.) — Vaya un zurrir de postizas!

MOZA 1.^a

—Hubiera jurao que eran las tuyas, Antonia.

ANTONIA

(Alegremente, tocándose y haciendo sonar las castañuelas que lleva en el bolsillo.) — No tardaré en repiquetearlas.

M. JESÚS

(Con envidia.) — Eso será si hay quien te saque.

ANTONIA

(Escocida.)

—Hija, si no me sacaran, sería la primera vez; lo que á tí... no sería la primera que te dejaban hecha un hacho

encendió, sin decirte «Por ahí te pudras.»

MOZA 2.^a

(Interviniendo conciliadora.)

—Eso, á verlo vamos.

MOZA 1.^a

(Muy alegre y echando delante.)

—Ale! A ver quién se lleva la palma.

(Se marchan. María Jesús sale la última, rezagada y de mal humor.)

XI.

Dolores y José.

(José sale del corral y se ocupa en echar algunos limones de la sera en un capazo de los que hay al pié de la escalera. Todo lentamente y retratada en el rostro su profunda pena, Dolores que, un momento antes de desaparecer las otras mozas, aparece en la puerta del cuarto, al ver á José se dirige á él.)

DOLORES

—Válgame, José, páece mentira; no sé cómo puedes aguantar tanto!

JOSÉ

—Y eso que tú no puedes apreciar tó lo que padesco. ¡El imaginarse un dolor, no es el sentirlo!

DOLORES

—Pero, señor, esto es mucho penar!

JOSÉ

—Déjalo que sea!

DOLORES

—Es que las penas matan.

JOSÉ

—Ya que me mataran!

DOLORES

—Pues es pa desesperarse. Mira José: yo me pienso que aunque las cosas ya

están así, tavía se apañaban, si tú quisieras.

JOSÉ

—¡No tienen apañío; es mi obligación y he de cumplirla. No me asustan las penas. ¡Yo quisiera recogerlas toas, pa llevarlas solo!

DOLORES

—Pero ¡Dios mío! ¿es que no ha de haber ningún camino de salvación, por malo que sea?

JOSÉ

—Ninguno! Tó es el Mayorajo: el amo, el dinero, el rento! Sí... el Mayorajo... ¡que gozará tanto como penemos nosotros!... Pa mí el trabajo, las tristezas, el hueco que Santa dejará á mi lado!... Pa él, el sosiego, las alegrías... el cuerpo de Santa! *(Con sombría desesperación.)*

DOLORES

—Ves, José? ves cuánto dolor? Si parece cosa de locura.

JOSÉ

—Y tanto que lo pácece!

DOLORES

—¡Tú mesmo lo reconoces!

JOSÉ

—Sí; pero no me convences.

DOLORES

—Tén presente, José, que, tanto como lo escuro de la noche, ciega la lus del sol, y que, hasta en las cosas buenas, toa ceguera es mala.

JOSÉ

—No es ceguera, Dolores; nunca he visto las cosas tan claras. *(Con amarga convicción. Sube á la cámara.)*

XII.

Dolores y Santa.

(Santa sale del cuarto, abatida, llorosa, con muestras de la horrible lucha que

sostiene. Su traje es negro y lujoso y lleva grandes arracadas, collares, anillos, alfiler de pecho, etc.)

SANTA

(Ansiosa.)—¿Qué?

DOLORES

—Tan atascado como siempre.

SANTA

(Abatida.)—Hace bien, por más que ese bien sea mi mal. ¡Dichoso él que, pa llevar á cabo su buena acción, tiene las fuerzas que á mí me faltan! Yo me pensaba que podría resistir... que tendría fuerzas pa sacrificarme... pa ser tan buena como José... pero me falta el aliento, conforme se va acercando la hora, y pienso que á la iglesia van á tener que llevarme lo mesmo que una res al mataero!

DOLORES

—Vamos, mujer!

SANTA

—Lo que oyes. Esto, si es que no hago una locura... porque estoy más lejos del Mayorajo, cuanti más cerca lo tengo... ¡y pienso más en José, cuanti más he de olvidarlo! (Desesperadamente.) Si es un tormento sin comparación, Dolores! Yo que me muero por José... él que se muere por mí... y, con tó y con ello, yo á casarme con el Mayorajo, y José arrempujándome al sacrificio!.. Y esto es muy natural y muy corriente... y esto es lo bueno, lo santo... ¡pero es pa volverse loca! (Escitadísima.)

DOLORES

—Mujer, no te pongas de ese modo!

SANTA

—Pa volverse loca, sí!... Hay ratos en que estoy tentá de hacer una que suene, plantando al Mayorajo y diciendo delante de tó el mundo, que estoy por José y na más que por José!

XIII.

Dolores, Santa y José.

(José aparece en la puerta de la escalera, sintiendo profunda turbación al ver á Santa que, pálida y convulsa, no se atreve á mirarlo.)

DOLORES

(Aparte á Santa.)— Ahí está!

SANTA

— Pues déjame que hable con él á solas... Puede que sea la última vez en mi vida! Trataré de convencerlo, hasta que Dios me quite la última esperanza!

DOLORES

— Piensa que está el Mayorajo al llegar y que puede haber un compromiso.

SANTA

(Azorada é impaciente.)— No tengas cuidado; salte á la puerta y avísame, si acaso.

DOLORES

— Mira: cuando yo lo vea venir, gritaré bien alto: «¡Ya viene el novio!...»

SANTA

(Con febril ansiedad.)— Si... bueno... anda! *(José ha bajado la escalera y se vá á marchar casi furtivamente, por la puerta del corral. Santa sale á su encuentro.)*

XIV

Santa y José.

SANTA

(Suplicante.)— José, por María Santísima, lo que vamos á hacer es demasiao!

JOSÉ

— Por lo que á mí me toca, tó es poco, en pago de lo que hicieron tus padres!

SANTA

— El Señor nos dará su amparo, José; ¡aún puedo volverme atrás!

JOSÉ

—Volvete atrás!... Dejar en la miseria á los que se quitaron los bocaos de pan de la boca pa dárselos á mi madre!... No, Santa! ¡Cueste lo que cueste, tó el bien pa los pobres viejos!

SANTA

(*Con acento de triste reproche.*)—Y pa la que te dió su querer y te cuidó tu cuerpo y te cosió la ropa... pa la que iba con tó el rechichero del sol á llevarte el agua fresca... pa la que tú le decías tu mujercica, echándole el brazo al cuello y trayéndola, al escurecer, por las sendicas más solas de la huerta... pa esa ná!

JOSÉ

(*Acercándose á ella enternecido y haciendo por contenerse.*) Pa esa ná!... Si la simiente de una buena acción echó tantas raíces en mi pecho, ¿con qué fuerza y lozanía no habrá agarrao y florecío la de tu querer? Pero tenemos que resisnarnos, Santa; este querer es imposible.

SANTA

(*Desolada.*)—¡Madre de los desamparaos! José!... José!... ¿Ande estás que no eres tú? ¿Cómo, si nó, me habías de dejar en tanta pena? (*Luego febrilmente, cogiéndolo por las manos y mirándolo con fijeza.*) Si están sin lus tus ojos, si están secos tus labios, si está frío tu cuerpo... No eres tú! no eres el mismo!

JOSÉ

(*Con serena, profunda calma.*)—Porque soy el mismo, hago lo que hago; porque tiene mi corazón toa la firmeza de los peñascos del río, por ande pasa la riá sin removerlos siquiera.

SANTA

—Firmeza pa tu agradecimiento, no firmeza pa quererme; no eres el mismo! (*Luego, sordamente, en deleitosa y apasionada evocación, casi estrechándolo entre sus brazos y mirándolo amorosamente.*) ¿Cómo has de ser tú aquél que me miraba embelesao? aquél que, aunque no me lo decía, lo era tóico pa mí? ¡tóico!

JOSÉ

(*Eludiendo la provocación y rechazándola dulcemente.*)—Tén fuerzas; ¡nuestro mal ha de ser el bien de los viejecicos!

SANTA

—José, por tu salvación!

JOSÉ

—Por mi salvación te pierdo!

SANTA

—¿Y la mía? No, no eres el mismo!... Antes, tó lo procurabas pa Santa y ná te daba temor... Y ahora ¡qué diferencia! no miras por mí y tiembas como los cordericos que huelen al lobo... ¡Estás acobardao!...

JOSÉ

(*Violentamente y reprimiéndose en séguida.*)—¡Yo acobardao!... de qué?

SANTA

—Tú lo sabrás. Te digo que no eres como antes, que no estás en tu razón... ¡que con tóico tu buen fin, nos llevas á tós á la mayor desgracia!

JOSÉ

—No, Santa; te ciega el querer.

SANTA

(*Aproximándose á él nuevamente.*)—A tí sí que te ciega tu agradecimiento!

JOSÉ

(*Separándose de ella y mirando temeroso á la puerta del fondo.*)—¡Que van á entrar!

SANTA

—¿Lo ves? Reconoce que estás acobardao.

JOSÉ

(*Con rabia.*)—¡Y dale con acobardao!

SANTA

—Déjame á mí y yo lo arreglaré tó.

JOSE

—No, Santa, no puede ser! ¡Antes que ná, el bien de tus padres! (*Fosco, tenaz.*)

SANTA

—¡Pobrecicos! hasta ellos no te entienden y se imaginan que me desprecias y piensan que eres un desagradecido!...

JOSE

(*Con acento desgarrador.*)— ¡Ellos me dicen desagradecido?! tus padres!? ellos?! ¡Madre mía! (*Luégo, con dolorosa calma.*) Bueno, déjalo, ¡una pena más!

SANTA

—¡Qué atasquera! (*Cogiéndolo por los hombros y mirándolo angustiada.*) José!...

JOSE

—Quita!... (*Repeliéndola suavemente y mirando otra vez con temor á la puerta de entrada.*) Nos pueden ver juntos!

SANTA

(*Sin dejarlo.*)— Qué desesperación!

DOLORES

(*Fuera, donde crece el murmullo, y gritando alegremente.*) ¡Ya viene el novio!...

JOSE

(*Tembloroso, rechazándola bruscamente.*) Anda con Dios! van á entrar! parece que han dicho que viene el Mayorajo!

SANTA

(*Con amarga conmiseración.*)— ¡Cómo tiembas!... ¡Qué compasión me das! (*Luégo, resueltamente.*) ¡De modo que te empeñas en que me case con él?

JOSE

(*Con energía.*) Sí!

SANTA

(*Desesperada.*)— ¡Cobarde!

JOSE

(*Furioso, indignado.*)— Cobarde!... ¿Conque es esto lo que me mereco y tó lo que me esperaba? ¡Por la prueba más grande de mi agradecimiento, tus padres me tienen por desagradecido!... por la prueba más grande de mi valor, tú me tienes por cobarde!... ¿Conque al que es bueno y se sacrifica, ó lo desprecian con lástima ó lo toman por malo? Pues bue-

no, no te vayas, ven! (*Acercándose á Santa, cogiéndola por una mano y atrayéndola á sí.*) Serás pa mí! (*En tono de decepción amarguísima.*) ¡Me portaré en el mundo, lo mesmo que se portan casi tóicos los hombres!...

SANTA

(*Mirándolo con inquietud.*)—Pero tén conocimiento, José; ná de arrebatos; tú déjame á mí.

JOSE

—No!... si es cosa mía! (*Torvamente.*)

SANTA

—Bueno, pues deja. (*Intentando desasirse de él.*)

JOSE

(*Reteniéndola con enérgico ademán.*)

—No, no te vayas; ahora quiero yo que no te vayas! Conmigo!... aquí pegá á mi pecho!... pa mirarte embelesao como antes te miraba!... pa serlo tóico pa tí! ¡tóico!... (*Después, con ironía y amargura.*) ¡Ya vés si soy el mesmo!

XV.

Santa, José, Andrés, el tío Antón, la tía Josefa, Dolores, Huertano Viejo, Antonia, María Jesús, Mozas 1.^a y 2.^a, Mozos 1.^o, 2.^o y 3.^o y más mozos y mozas.

(*El Mayorajo, en traje de novio y seguido de los demás, entra en la casa. El Mozo 1.^o viene también en traje de fiesta. Este y el Mayorajo, traen capa, pero doblada y al brazo.*)

ANDRES

(*A José, con asombro y cólera.*)—¿Contigo?! (*Los demás se agolpan.*)

JOSE

(*Mostrando á Santa, lleno de arrogancia y valentía.*)—Conmigo! ya lo vés!

ANDRES

(*Furioso y haciendo ademán de sacar un arma.*)—¿Conque era cierto? ®

JOSE

—¡Cierto! (*Previniéndose también.*)

no, no te vayas, ven! (*Acercándose á Santa, cogiéndola por una mano y atrayéndola á sí.*) Serás pa mí! (*En tono de decepción amarguísima.*) ¡Me portaré en el mundo, lo mesmo que se portan casi tóicos los hombres!...

SANTA

(*Mirándolo con inquietud.*)—Pero tén conocimiento, José; ná de arrebatos; tú déjame á mí.

JOSE

—No!... si es cosa mía! (*Torvamente.*)

SANTA

—Bueno, pues deja. (*Intentando desasirse de él.*)

JOSE

(*Reteniéndola con enérgico ademán.*)

—No, no te vayas; ahora quiero yo que no te vayas! Conmigo!... aquí pegá á mi pecho!... pa mirarte embelesao como antes te miraba!... pa serlo tóico pa tí! ¡tóico!... (*Después, con ironía y amargura.*) ¡Ya vés si soy el mesmo!

XV.

Santa, José, Andrés, el tío Antón, la tía Josefa, Dolores, Huertano Viejo, Antonia, María Jesús, Mozas 1.^a y 2.^a, Mozos 1.^o, 2.^o y 3.^o y más mozos y mozas.

(*El Mayorajo, en traje de novio y seguido de los demás, entra en la casa. El Mozo 1.^o viene también en traje de fiesta. Este y el Mayorajo, traen capa, pero doblada y al brazo.*)

ANDRES

(*A José, con asombro y cólera.*)—¿Contigo?! (*Los demás se agolpan.*)

JOSE

(*Mostrando á Santa, lleno de arrogancia y valentía.*)—Conmigo! ya lo vés!

ANDRES

(*Furioso y haciendo ademán de sacar un arma.*)—¿Conque era cierto?

JOSE

—¡Cierto! (*Previniéndose también.*)

ANDRES

—La vida ha de costarte! (*Avanzando amenazador.*)

JOSE

(*Retándolo con el gesto.*)—Guarda la tuya.

SANTA

—José! (*Deteniéndole.*)

DOLORES

(*Conteniendo al Mayorajo.*)—¡Por Dios!

H. VIEJO

—¡Andrés! (*Precipitándose sobre él para contenerlo.*)

LA TÍA JOSEFA

(*Con angustia á José.*) ¡Hijo!

EL TÍO ANTÓN

(*Airado contra el Mayorajo, al ver en peligro á José.*) ¡Mal rayo!

(*Andrés logra desasirse de Dolores y José de Santa; ambos, faca en mano, chocan furiosamente cayendo al suelo: José sobre el Mayorajo, cosiéndolo á puñaladas; Andrés defendiéndose con fiereza. Santa, con espanto horrible, se arroja en brazos de Dolores.*)

H. VIEJO

—¡Jesús!

(*Todos quedan sobrecogidos; José se levanta, conservando en la mano la faca ensangrentada*)

MOZO 1.º

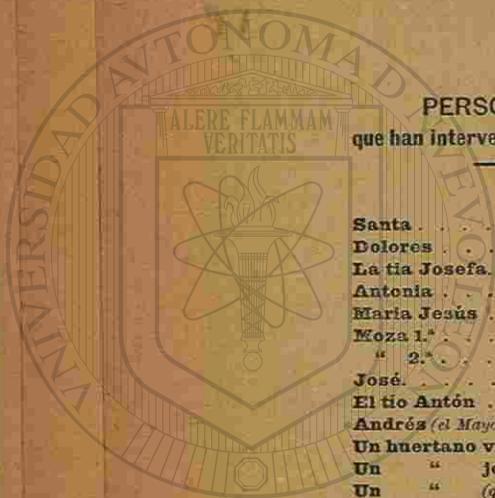
(*Precipitándose sobre el Mayorajo y fijando en José una mirada acusadora.*)

—¡Muerto!

JOSE

—¡Estaría de Dios! (*Deja caer la faca, con repulsión, y se desploma abrumado en una silla, con la cabeza entre las manos.*)

FIN.



PERSONAJES

que han intervenido en esta obra

	<u>EDAD APROXIMADA</u>
Santa	20 años.
Dolores	20 "
La tía Josefa	60 "
Antonia	20 "
María Jesús	20 "
Moza 1.ª	20 "
" 2.ª	20 "
José	28 "
El tío Antón	60 "
Andrés (el Mayorajo)	30 "
Un huertano viejo	50 "
Un " joven	35 "
Un " (que habla fuera)	
Paco (el Molinero).	35 "
Moza 1.ª	30 "
" 2.ª	30 "
" 3.ª	25 "
Varios mozos y mozas.	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



